

SANGRE Y TEMPERAMENTO  
PUREZA Y MESTIZAJES EN LAS SOCIEDADES DE CASTAS AMERICANAS

Carlos López Beltrán  
*Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM*

Estas son las Castas más conocidas y comunes; no porque dexé de haver otras muchas, que provienen de la unión de unos con otros, y son de tantas especies, y en tan grande abundancia, que ni ellos saben discernirlas, ni se ve otra Gente en todas las Calles de la Ciudad, en las estancias y en los pueblos.<sup>1</sup>

Por ser uno de los principales ramos de raras producciones que ofrecen estos dominios –la notable mutación de aspecto, figura y color que resulta en las sucesivas generaciones de la mezcla de Indios y Negros... a que suelen acompañar proporcionalmente las inclinaciones y propiedades.<sup>2</sup>

Las llamadas castas de las colonias americanas del imperio español son una ocurrencia central en la historia de la modernidad. Las “raras producciones” a las que se refiere el virrey Amat son, ni más ni menos, que seres humanos –individuos y grupos– nacidos en situaciones confusas, tanto para los distantes fisgones europeos, como para sus integrantes. Los primeros generaron la idea misma de “castas” por medio de los entramados ideológicos que aseguraban su señóramiento sobre ellas, mientras que los segundos estaban desprovistos de modos de auto-reconocerse y de forjar identidades autónomas. Llamarlos “producciones” o resultados de “sucesivas generaciones”

1. Antonio Ulloa (con Jorge Juan), *Relación histórica de un viaje a la América Meridional*, tt. I y II, Madrid, Dastin, 2002 [1746].
2. Carta de envío de colección de pinturas de castas, Virrey Amat del Perú, 1770; citada por Ilona Katzew, *Casta Painting*, New Haven, Yale University Press, 2004.

—como hace el virrey Amat del Perú en mi epígrafe— es ya materializar,<sup>3</sup> darle un carácter fisiológico a su peculiaridad, su otredad, y facilitar el determinismo que hace que las “inclinaciones y propiedades” morales estén ligadas a las modalidades que los cuerpos adoptan. Se trata de seres humanos que mediante la noción de castas son vistos como cuerpos humanos anómalos, forzados a presentarse y representarse por sus rasgos físicos —el color de su piel, los hábitos de sus cabellos, la carnosidad de sus labios, los pliegues de sus párpados—, por las miradas azoradas y temerosas de sus amos, y también por su propia sorpresa ante su novedad.

El episodio de las castas es central en la historia moderna, pues ese traslado de la otredad desde el hábito moral (como en Montesquieu) hacia el hábito fisiológico es la nuez del racialismo científico y del racismo concomitante.<sup>4</sup> Mi interés en este trabajo es explorar esta trayectoria. Me interesa el traslado de la mirada desde la diferencia moral (hoy diríamos, cultural) a la diferencia física, y el afincamiento en ella de categorías y valoraciones. Me interesa la movilización para ello de dispositivos teóricos accesibles, disponibles en el bagaje cultural de los grupos dominantes (en este caso españoles y criollos) para la obtención, el amarre, de ese afán diferenciador, clasificatorio. En el caso de la concepción de las castas analizo la presencia, por un lado, de la ideología hispánica de pureza de sangre y, por el otro, la de la más amplia, más antigua, aunque más erudita también, teoría hipocrático-galénica de los temperamentos. Reúno para mi análisis varios materiales que me ayudan a crear sentido en un proceso complejo y proliferante, que tomó varios siglos y que se dio de manera diversa en las distintas regiones americanas que los españoles dominaron. Destacan tres tipos de accesos a la situación de las castas y a la vivencia de las diferencias corporales en la Nueva

3. Y aquí hay que entender “generación” en su acepción de producción nueva y de reproducción biológica. No deja de tener, en este contexto, un sentido de animalización de los individuos a los que se refiere. La “brutalización” del otro, como se ha dicho tantas veces, pasa por la negación, o disminución, de su humanidad.
4. Varios trabajos recientes han revivido el estudio de la situación americana, en especial la de los criollos como “laboratorio de la modernidad”. Véase, David A. Brading, *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; Jorge Cañizares-Esguerra, *How to write the history of the new world*, Stanford, Stanford University Press, 2001; Jean-Paul Zúñiga, “La voix du sang. Du métis à l'idée de métissage en Amérique espagnole” en *Anales HSS*, núm. 2, 1999; Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

España: los escritos de los numerosos cronistas, viajeros y naturalistas; las disquisiciones de los médicos hipocráticos sobre el temperamento de las nuevas regiones, y –para el siglo XVIII– la tradición de las llamadas pinturas de castas, o de mestizaje. Acudo a las tres, no con la idea de hacer la historia de la sociedad de castas, sino de acercarme a los mecanismos, eruditos y populares, de los registros teóricos y taxonómicos de ésta.

Entre otras cosas, este ensayo aspira a explorar el espacio abierto entre los siglos XVI y XVIII en Hispanoamérica por los proliferantes efectos que la confluencia biológica y cultural entre blancos europeos, indios americanos y negros africanos, que acabó siendo llamada *el mestizaje*. Quiero hacerlo además con un conjunto de preguntas en las que los aspectos físicos, fisiológicos, materiales de dicho fenómeno no están desligados de sus aristas sociológicas y culturales. La intención es volver a visitar territorios ya cartografiados por los historiadores de la antropología, del arte y de la demografía americanas, con el fin de preguntarse por la significación de las representaciones de los aspectos materiales de los cuerpos que engendraban y eran engendrados en la nueva, inusitada y creativa situación colonial. Preguntarse por la fisiología y las meteorologías inmiscuidas en ello; por el tejido de valoraciones movilizadas en las teorías de los temperamentos y de las fisiognomías, y enhebradas a su vez con las valoraciones y los significados que la situación política, económica y social exudaban. Mi intención es, finalmente, explorar cómo se constituyeron los nuevos cuerpos producto de las mezclas en las complejas sociedades de castas durante el periodo colonial, y cómo después, o simultáneamente, se nombraron éstos, se “representaron” teóricamente, y algunos de ellos se estigmatizaron, movilizando los recursos de las ciencias que en ese periodo se dirigían al cuerpo humano: la fisiología hipocrática, la anatomía, la fisiognomía.

#### NOVEDAD DE LAS CASTAS

Una vez desencadenadas las avalanchas de actos políticos de expansión y consolidación imperial española en América, el ayuntamiento sexual y sus secuelas reproductivas fue un fenómeno fatal empujado por las condiciones sociales de los nuevos órdenes (subyugación de pueblos indios, inmigración

européa voluntaria, inmigración africana forzada), por los desequilibrios de género (mayorías inmigrantes varones, humillación y rapto de las indias), por lo que Malthus llamó “instinto poderoso” de procreación. La novedad de tres grupos humanos tan nítidamente distintos en lo cultural y lo fisiognómico, confluyendo, mezclándose, perturbándose unos a otros, tan súbita y brutalmente, arrojó sorpresas “híbridas” de todos tipos y en todas direcciones.<sup>5</sup> Nuevos usos. Nuevas maneras. Nuevos hábitos. Nuevos cuerpos. Nuevas palabras. La novedad fue inmediatamente percibida por los protagonistas mismos, y engendró entre ellos, *in situ*, una acción de reconocimiento y de bautizo. Esto no mereció inmediatamente un esfuerzo erudito de categorización, estancamiento y adjudicación de calidades y jerarquías. No fue sino hasta que las tensiones y preocupaciones de los españoles debieron confrontarlas, tanto para su administración y regulación locales como para su alineamiento respecto de la voluntad de dominación y explotación del centro imperial, que el problema de las “producciones” surgió. La realidad de lo que en ese periodo ocurrió respecto a las populares comprensión, clasificación y denominación de tanta espontánea diversidad se antoja rica y huidiza, y sus detalles están casi seguramente inaccesibles ya para los historiadores.<sup>6</sup>

Quizá ante lo elusivo de lo popular, otros han insistido (mas no convencido del todo) en que el motor de la denominación diferenciada desde el inicio de la colonia era antes que nada civil, político y clasificatorio. Aguirre Beltrán, en su ilustre estudio sobre la población negra en México, señala cuatro etapas en la construcción de las taxonomías humanas durante la colonia. Aunque su análisis es iluminador, no deja, creo yo, de tener un afán físico-antropológico vigesimonónico, con sus nociones del cuerpo racial estático, que han caducado.<sup>7</sup> Creo que falta dirigir la atención a la dinámica de proliferación de novedad física (fisiognómica, temperamental) y moral, y a la complementaria dinámica de reconocimiento y administración social y léxica, y sólo al final “teórica”, de dicha novedad. Conocemos a grandes rasgos sus

5. Es difícil eludir el lenguaje de la hibridación; pero como ha señalado Gruzinski, insistir demasiado en ello es una manía que refuerza las nociones de pureza prístina, previa, de categorías esenciales, o al menos estables.
6. Esfuerzos importantes en la lexicografía de las castas son el de Álvar y el de Moreno Navarro.
7. Véase Gonzalo Aguirre Beltrán, *Obra Antropológica II. La población negra de México. Estudio Etnohistórico*, México, Universidad Veracruzana/Instituto Nacional Indigenista/Gobierno del Estado de Veracruz/Fondo de Cultura Económica, 1989, capítulo IX, pp. 153-179.

motores sociopolíticos, sería interesante explorar los signos que nos revelan la vivencia de los cuerpos y de las maneras de ser, para acercarnos en la medida de lo posible al sentido de las palabras, de las descripciones e imágenes que desde aquellas sociedades en flujo nos llegan.

Relacionada con mestizaje y con las calidades de los individuos productos de éste, durante el periodo colonial se fue articulando en las colonias americanas una serie de esquemas de definición de las distintas mezclas. En paralelo se forjó una prescriptiva de blanqueamiento o purificación de las ramas familiares, que aspiraba a revertir o anular, por medio de casamientos juiciosos, la mezcla de sangres y de tonalidades epidérmicas, para volver hacia las mejores calidades, españolas, blancas. Este doble funcionamiento descriptivo, normativo, del que llegó a llamarse sistema de castas, es fuente de mucha confusión. Una conocida descripción somera sobre la manera en que en México se articularon los esquemas de dilución de color (y sangre) con los arreglos sociales coloniales de los que emanaban, la debemos a Humboldt. En su *Ensayo Político sobre la Nueva España* describió los siete grupos principales que componían a la sociedad novohispana.

La población mexicana está compuesta de los mismos elementos que la de las demás colonias españolas. Hay siete castas distintas: 1) los individuos nacidos en Europa, llamados vulgarmente gachupines; 2) los españoles criollos, o los blancos de raza europea nacidos en América; 3) los mestizos descendientes de blancos y de indios; 4) los mulatos descendientes de blancos y de negros; 5) los zambos descendientes de negros y de indios; 6) los mismos indios, o sea la raza bronceada de los indígenas, y 7) los negros africanos. Dejando a un lado las subdivisiones, resultan cuatro castas principales: los blancos, comprendidos bajo la denominación general de españoles; los negros; los indios y los hombres de raza mixta, mezclados de europeos, de africanos, de indios americanos y de malayos; porque con la frecuente comunicación que hay entre Acapulco y las islas Filipinas, son muchos los individuos de origen asiático, ya chino, ya malayo, que se han establecido en Nueva España...<sup>8</sup>

Los habitantes de las colonias, por una refinada vanidad, han enriquecido su lengua. Dando nombres a las más delicadas variedades de colores, nacidas de la degeneración del color primitivo...<sup>9</sup>

8. Alexander Humboldt, *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1966 [1807-1811], p. 51.

9. *Ibid.*, p. 89.

Al hijo de un blanco, sea criollo o europeo. Y de una indígena de color bronceado se le llama mestizo. Su color es casi perfectamente blanco, y su piel de una transparencia particular. Su poca barba, manos y pies son pequeños, una cierta oblicuidad de los ojos. Anuncian la mezcla de la sangre india, más bien que la calidad del pelo. Si una mestiza se casa con un blanco, la segunda generación que resulta de esta unión apenas se distingue de la raza europea. Habiéndose introducido en la Nueva España poquísimos negros, los mestizos componen probablemente los 7/8 de la totalidad de las castas. En general se les tiene por mucho más dulces de genio que los mulatos, que son los hijos de blancos y de negras y que se hacen distinguir por la violencia de sus pasiones y por una particular volubilidad de lengua. Los descendientes de negros y de indias son conocidos en México. Lima, y aun en La Habana con el extraño nombre de chinos también se les llama zambos en la costa de Caracas; y aun en la Nueva España les dan las leyes el mismo nombre. En el día de hoy se aplica esta denominación principalmente a los descendientes de un negro y de una mulata, o de un negro y de una china. Se distinguen de estos zambos comunes, los zambos prietos, que son los que nacen de un negro y de una zamba. De la mezcla de un blanco con una mulata viene la casta de los cuarterones: y cuando una cuarterona se casa con un europeo o un criollo, su hijo lleva el nombre de quinterón. El nuevo enlace con la raza blanca hace perder de tal modo el resto del color, que el hijo de un blanco y de una quinterona es también blanco. Las castas de sangre india o africana conservan el olor que es particular de la transpiración cutánea de estas dos razas primitivas. Los indios peruanos que en la obscuridad de la noche distinguen por su delicado olfato las diferentes razas, han formado tres voces para el olor del europeo. Del indígena americano y del negro: llaman al primero *pezuña*, al segundo *posco*, y al tercero *grajo*. Además, las mezclas en que el color de los hijos resulta más oscuro que el de su madre se llaman saltatrás.<sup>10</sup>

Una frase del mismo Humboldt atestigua la presencia de la misma fuente de ansiedad social *pigmentocrática* que Antonio de Ulloa había descrito para Sudamérica, y que es el motor detrás de estas secuencias, ya que traslada,<sup>11</sup> como agudamente detecta Humboldt, la ansiedad genealógica de filiación y confesión articulada en la pureza de la sangre a las tonalidades de la epidermis: “En España es una especie de título de nobleza no descender

10. *Ibid.*, notable es que Humboldt, para referirse a la combinación de negro con indio (la más inútilmente censurada y combatida) use *zambo*, que era el término usual en Sudamérica y el Caribe, y no *lobo*, el más común en México. Aguirre Beltrán descubre una gran variedad geográfica notable para denominar a esta combinación. Aguirre Beltrán, *La población negra de México...*, p. 169.

11. Ulloa, *Relación histórica...*, t. 1, pp. 68-69.

ni de judíos ni de moros; en América, la piel más o menos blanca decide el rango que ocupa el hombre en la sociedad".<sup>12</sup>

Las curiosas tramas de blanqueamiento que describe Humboldt fueron registradas, con variantes, por numerosos cronistas y otros autores.<sup>13</sup> Constituyeron un código común que fue proyectado, sobre estas sociedades, como el camino de salida de las situaciones de abyección y maltrato; esto se hizo tanto por medio de normas y leyes, como en el espacio más difuso e insidioso de la ideología. Dichas tramas, empero, no eran seguidas con asiduidad y disciplina por la mayoría de los individuos y de las familias americanas. La realidad era que las leyes y las valoraciones sociales no podían impedir todo tipo de casamientos, amancebamientos, violaciones, amasiatos, y demás formas del comercio sexual (y por ende de la "producción" o "generación" de seres humanos mezclados) entre todos los grupos presentes en el mismo espacio social, ni podían impedir tampoco, más allá de los tres grupos originarios, el nacimiento de individuos inclasificables, o mejor dicho "indefinibles" con los recursos léxicos y clasificatorios a la mano. De ahí el juego con las palabras, entre clasificatorio y descriptivo por un lado, e inventivo y locuaz por otro. El juego de bautizar la sorpresa de la variedad producto de las mezclas no regladas ni, al menos por las autoridades, deseadas. Antonio de Ulloa describe lo que sus informantes en Cartagena le presentaron como la solución jerárquica y lexicográfica de la situación

Antes de llegar al grado o jerarquía de *quinterones*, se ofrecen muchas intercadenencias, que les embarazan el llegar a ellas; porque entre el *mulato* y el *negro* hay otra casta que llaman *sambo*, originada de la mezcla de alguno de estos dos con *indio* o entre sí; y si se distinguen también según las castas, de donde fueron los padres: entre *tercerón* y *mulato*, *cuarterón* y *tercerón*, y así en adelante son los hijos *tente en el aire*, porque ni avanzan a salir ni retroceden. Los hijos de *cuarterones* o *quinterones* por la junta con *mulatos* o *tercerones*, tienen el nombre de *salto atrás*, porque en lugar de adelantarse a ser *blancos*, han retrocedido y se han acercado a la casta de los *negros*. También todas las mezclas desde *negro* hasta *quinterón* con *indio* se denominan *sambo* de *negro*, *mulato*, *tercerón*, etcétera.<sup>14</sup>

12. Humboldt, *Ensayo político...*, p. 92.

13. Desde Ulloa, Gumilla, de Long, de Pauw, hasta Buffon. Véase, entre otros, Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (1955); Urs Bitterli, *Los salvajes y los civilizados*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981; Katzew, *Casta Painting...*; Cañizares-Esguerra, *How to write the history of the new world...*

14. Ulloa, *Relación histórica...*, t. I, p. 70.

Queda claro en este esquema que la motivación de base es la orientación de la jerarquía y el valor social hacia la prudencia matrimonial y reproductiva, concebida como el limpiado de las manchas. Las situaciones demográficas y las relaciones de poder que activaron y nutrieron los mestizajes entre los grupos humanos durante la colonia no deben, empero, concebirse como homogéneas ni temporal ni geográficamente. Gonzalo Aguirre Beltrán articula un relato analítico difícil de mejorar sobre cómo en la Nueva España fueron variando esas situaciones y relaciones. Lo que esa aguda investigación muestra es que la dinámica de la clasificación de la variedad humana entre los siglos XVI y XVIII fue arrojando distintos “estados” temporales, y que sólo hacia el final de la ocupación española se concluyó, por así decirlo, la compleja categorización que muchos eruditos europeos, e historiadores posteriores, dieron por sentada como un constructo de larga duración y estable. De hecho, Aguirre Beltrán nos deja entender, en esas décadas finales del siglo XVIII, que esa visión de la población americana estaba ya rayando en la irrealidad debido a la imposibilidad de “llevar las cuentas” de lo que Humboldt describió como “el gran interés de vanidad y aprecio público en valuar exactamente las fracciones de sangre europea que han cabido a cada cual en las diversas castas”.<sup>15</sup>

#### PINTURA DE CASTAS. ENTRE EL ESPEJO Y LA NORMA

Las pinturas de castas novohispanas componen series de entre 12 y 16 cuadros, cada uno de los cuales representa a un grupo familiar característico de tres figuras: padre, madre y vástago. El tema de la serie es que en cada uno de los matrimonios o ayuntamientos ha habido una mezcla de sangres (el esposo y la esposa son de diferente “casta” y aparecen caracterizados) y se describe (retrata) y nombra al producto de dicha unión. Como han mostrado García Sáiz y Katzew, esta tradición adquirió sus relativamente rígidas convenciones hacia principios de siglo XVIII en la Nueva España, y se desarrolló durante el resto del siglo y hasta el fin de la dominación española. En ella participaron pintores de distinta calidad artística, y cada generación fue

15. Humboldt, *Ensayo político...*, p. 90.



enriqueciendo el contenido de los cuadros con detalles de indumentaria, de estamento social y de registro psicológico de los personajes. Muchos estudios han sacado enorme provecho de esa vocación casi etnográfica de los pintores. Está claro, no obstante, que es la compleja estructura de las combinaciones y el aparente afán de retratar con ella la estructura de la sociedad novohispana con base en una combinatoria basada en fracciones de sangre, lo que más ha llamado la atención. La secuencia empieza con el matrimonio americano por antonomasia: español con india, y su hijo *mestizo*. Esta primera unión y su producto inicia la secuencia de blanqueamiento familiar clásica. La hija mestiza se casa con un español peninsular recién llegado (“pobre pero honrado”) y su hijo será más blanco y merecerá el apelativo *castizo*. El matrimonio de la castiza con otro español, quizá de mejor nivel ya, criollo terrateniente o funcionario de la Corona, produce el último avance, y su hijo ya puede “ser tenido por español”. Según Aguirre Beltrán, la gran mayoría de las familias españolas de la Nueva España tuvo sangre india en su origen, y la proporción de españoles peninsulares que arribaban a Veracruz tuvo muy poco peso demográfico. La otra secuencia típica de la pintura de castas es la que se inicia con un español, de no muchas luces y no muy alto nivel, emparejándose con una negra. Su hijo será *mulato*, y al casarse mulata con español el vástago será *morisco*. La morisca astuta deberá prohiar con español para ascender, y engendrará un *albino*, de una palidez enfermiza (se ha ido el color pero la constitución no es la colérica, sanguínea, del auténtico español). La distancia, la diferencia originaria entre el europeo y el africano empieza aquí a cobrar su venganza. Aunque el albino pueda pasar por español, un observador astuto descubrirá su temperamento defectuoso y tal vez otros signos de su mancha originaria. Al casarse la albina con un español, iluso, quizá desprevenido, dará a luz a un morenito que habrá traído, en un golpe de atavismo hereditario, de vuelta a la superficie epidérmica la tinción de sus ancestros. No importa cuán diluida, la sangre negra puede dominar y traer al mundo a este *tornaatrás* o *saltapatrás*. Como ya dije, en otras regiones, aunque más dilutada, la secuencia de blanqueamiento a partir del mulato podría desembocar en un español, en México no. Hasta aquí llevamos siete cuadros. Los demás de las series suelen tener una gramática distinta y permiten más libertad a los artistas. Se trata de las combinaciones donde no domina la figura paterna española (por tanto no están orientadas por ella hacia la península, el rey, la

cristiandad, la virtud). Son apareamientos en los que no se persigue mejorar, y se incurre en mezclas barrocas de las tres sangres originarias en proporciones insondables. Son de hecho las castas que son combatidas y temidas.<sup>16</sup> La más simple es producto del tercer vértice del triángulo original. Negro con india. En muchos lados se le conoce como *zambo* al vástago de este ayuntamiento. En el altiplano mexicano, y por ende en la pintura de castas, el nombre usado es *lobo*. Se le caracteriza por su fuerza, vigor y brutalidad; su proclividad al vicio. A partir de aquí las combinaciones son abiertas y estalla también la nomenclatura usada para denominarlas. Aunque no es posible en el léxico empleado encontrar ya la misma consistencia, sí está claro que cada nombre refleja un tipo humano, un tipo de cuerpo en el que “predomina” tanto un conjunto de rasgos físicos (cercanos a lo indígena o a lo africano) y un temperamento. Así, una casta muy cercana al mestizo, o confundida con éste, es el famoso *coyote*; y si los coyotes se “aindian” originan *chamizos*.<sup>17</sup> Un “aindianamiento” de los lobos produce *zambaigos*. El “aindianamiento” de los mulatos produce *calpamulatos*. Hay que recordar la situación demográfica en gran parte de la época colonial en la que la población india era abrumadoramente mayoritaria, a pesar de los colapsos demográficos, y sus condiciones de vida no eran las peores, de modo que la probabilidad de “aindianamiento” de las castas era alta. Una categoría interesante era la de *chino*, que al parecer tendía siempre a ser un descendiente de negros o mulatos, mezclado con otras castas. No está claro a qué se deba la elección del término de *chino* (hay varias hipótesis, una posible es la existencia del pelo quebrado). A menudo se adjetivaba la condición de chino, de donde encontramos *chino cambujo*, *chino albarazado*. Otros apelativos sin consistencia respecto a la mezcla son *givaro*, *barsina* (que casi siempre es hijo de albarazado con india o mulata), *grifo*. La terminología sudamericana claramente basada en las fracciones de sangre (tercerón, cuarterón, etc.) fue, al parecer, muy poco usada en México.

16. Véase Ben Vinson III y Bobby Vaughn, *Afroméxico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004. Ben Vinson III, “Estudiandos las razas desde la periferia: las castas olvidadas del sistema colonial mexicano (lobos, moriscos, coyotes, moros y chinos)” en Juan Manuel de la Serna Herrera (dir.), *Pautas de convivencia étnica en la América Latina Colonial (Indios, negros, mulatos, pardos y esclavos)*, México, CCyDEL/UNAM, 2005.
17. Con lo cual quiero decir, viven entre indios, adoptan sus modos, se casan con ellos. Todas estas afirmaciones las hago con base en un estudio amplio de las combinaciones encontradas en las series de cuadros de castas recopiladas por María Concepción García Sáiz, *The Castes: A Genre of Mexican Painting! Las Castas Mexicanas*, Milán, Olivetti Press, 1989; y Katzew, *Castas Painting...*

Sin duda, un elemento bullente en la pintura de castas tiene su nodo en las denominaciones, finalmente no normadas y caprichosas, de las mezclas no conducentes al blanqueo. No hay, a mi entender, un estudio completo satisfactorio del origen y la función de los vocablos que en la Nueva España empezaron a facturarse o movilizarse desde otros ámbitos para demarcar la reluciente novedad de las castas. Se habla de incisivos préstamos zoológicos (*lobo, coyote*), de alusiones a la piel colorida de modo análogo a la denominación de caballos (*chamizo, albarazado, puchella*), de ludismos léxicos ante el pasmo (*tente en el aire, ahí te estás*), de la obvia alusión a la hibridación (*mulato, mestizo*).<sup>18</sup> Lo que hay, ciertamente, es mucho relajo y gozo sonoro.

Aguirre Beltrán en su momento desestimó equivocadamente la importancia de la tradición de pinturas de castas como documento para indagar la historia de los desarreglos raciales de esta región; fechó equivocadamente las pocas pinturas que conoció y tildó sus clasificaciones de anacronismos eruditos y divertimento de las elites. Hoy, gracias por ejemplo a Ilona Katzew, sabemos que el fenómeno social y artístico de la pintura de castas es bastante más significativo y revelador. Las secuencias de blanqueamientos no sólo están claramente ligadas a esta tradición sino que ambas son reflejo de los conflictos por procesar la diversidad corporal y cultural.<sup>19</sup> El hecho de que casi exclusivamente en la Nueva España se haya producido el fenómeno artístico es un misterio cuya explicación ha sido avanzada mucho en tiempos recientes.<sup>20</sup> Hoy los investigadores han localizado y catalogado ya más de una centena de series que cubren casi todo el siglo XVIII, y es posible que sigan apareciendo más. En casi todas ellas es notable la misma gramática de las mezclas y las mismas dobles secuencias, unas virtuosas y otras desvirtuadas. Como hemos visto, las series tienen un doble movimiento muy claro que remite a dos intenciones opuestas: uno es el comentado ya hacia el blanqueamiento secuencial;<sup>21</sup> otro, más irregular pero inconfundible, tiene el sesgo y

18. Véase Isidoro Moreno Navarro, "Un aspecto del mestizaje americano: el problema de la terminología", Universidad de Sevilla, 1992 ([www.ucm.es](http://www.ucm.es)).

19. Que interesaron a cronistas y copistas como Ulloa, Gumilla, de Pauw, Ajofrín, Gemelli, Buffon, y al mismo Humboldt.

20. Véase García Sáiz, *The Castes: A Genre...*; y Katzew, *Casta Painting...*

21. Que sólo en el caso de la mezcla entre español e indio puede completarse, mientras que no se puede en el caso de la mezcla entre español y negro, debido a que el *saltapatrás* aparecerá aun después del falso blanqueo del *albino*.

la intención moral contrarios. En vez de señalar la redención de la familia, apunta a su perdición (o cuando más a su permanencia en la baja o “tente en el aire”), decadencia que se da como resultado de las mezclas descontroladas de castas inferiores, sobre todo con el revoltijo en el que se pierde la pista y aparecen los “no te entiendo” entre los coyotes, los zambaigos, los calpamulatos, los albarazados.

Se discute y se discutirá qué exactamente están haciendo estas imágenes. Cuál es la relación con la compleja sociedad que las produjo. Qué querían sus autores o los comisionistas. Cómo las leyeron los distintos sectores contemporáneos dentro y fuera de la colonia. Qué tanto reflejan una realidad. Qué tanto la parodian. Qué tanto apuntan a normarla o disfrazarla. Qué tanto son verosímiles los usos y costumbres que reflejan y las terminologías que adoptan. Hay a la fecha ya un arsenal abundante de hipótesis que apuntan a explicar estas obras. Mencionaré algunas de las más visitadas. En el siglo XIX, antropólogos mexicanos y franceses vieron en ellas una fuente de estudios tanto físicos (tipos raciales) como etnográficos (usos y costumbres). Antropólogos españoles del siglo XX, y alguna estudiosa estadounidense vieron en ellas los efectos de una ilustrada actividad científica hispánica que apuntaba a codificar objetivamente las mezclas raciales en todas sus combinatorias, y llenar los escaños de una taxonomía.<sup>22</sup> Otros pensaron que se trata más bien del registro de una actividad clasificatoria espontánea, popular, en la que se generan nombres ingeniosos y divertidos por chanza y autoironía. Otra hipótesis de principios del siglo XX, las hace obras útiles en los registros parroquiales o civiles para determinar el tipo de mezcla de un infante a la hora de registrarlo, y definir así su sitio en la jerarquía.<sup>23</sup> En 1928, Nicolás León vio en los cuadros un artificio pintoresco poco útil para el estudio de las razas pero muy informativo sobre el desprecio peninsular hacia los mestizos, o sobre el odio mutuo entre los naturales de México.<sup>24</sup> Ya dije que Aguirre

22. Nicolás León, *Las castas del México colonial*, México, Talleres Gráficos de Arqueología, Historia o Etnografía, 1924; Moreno Navarro, “Un aspecto del mestizaje americano...”; Abby Sue Fisher, “Mestizaje and the Cuadros de Castas,” tesis doctoral, University of Minnesota, 1992.

23. Azteca, “Cuadros de Mestizos de Museo de México”, *Anales del Museo Nacional de México*, vol. IV, 3ª época, México, 1912; Gregorio Torres Quintero, *México hacia el fin del virreinato español*, México, Imprenta Politécnica, 1921; Teresa Castelló Iturbide, “La indumentaria de las castas del mestizaje” en *Artes de México: La Pintura de Castas*, núm. 8, 1990, pp. 73-78.

24. León, *Las castas del México colonial*...

Beltrán tampoco les vio utilidad contemporánea; entendió las clasificaciones mostradas como venidas de una elite fantasiosa y culterana que trajo esta moda de Perú. Versiones similares de que se trata de exotismo de consumo para la elite (virreyes que las encargaban para llevárselas a España a su regreso como recuerdos de su aventura americana, o imágenes de exportación para hacer imaginar las américas de cierto modo a los reyes y cortes españolas) han sido defendidas hasta hace muy poco.<sup>25</sup> Otra versión favorece el encargo central de cumplir con ellas las ordenanzas de ministros sobre la situación de la Nueva España, y de acompañar las Relaciones Geográficas.<sup>26</sup> Más recientemente se han movilizado recursos interpretativos posmodernos derivados, entre otros, de los llamados estudios poscoloniales y que invierten, por así decirlo, el sentido de la hermenéutica. Los cuadros de castas no (sólo) reflejan ni (sólo) idealizan sino que construyen los cuerpos mestizos (híbridos) observados. Las escenas captadas no (sólo) interpretan ni (sólo) filtran la realidad novohispánica, sino que son bases de interpretación, son hechos en sí mismas. Son producto de prácticas visuales inmersas en narrativas reguladoras que sirven ambigüamente tanto para captar como para construir los cuerpos. Mirar con esa paleta esos cuerpos es hacerlos.<sup>27</sup>

En años recientes entender la pintura de castas se ha convertido así en una tarea historiográficamente compleja. No bastan los recursos de la historia del arte ni los de la historia social ni los de la teoría poscolonial ni los de otras historiografías alternativas psicoanalíticas o materialistas. La voz y la mirada a las que tenemos acceso por medio de la pintura y de la mayoría de los registros textuales son principalmente las de los españoles y criollos. De ese modo ha sido más fácil discernir a través de ellas las ansiedades y motivaciones de ellos, y de los que querían jugar su juego. Estas ansiedades van desde el blanqueamiento del que ya hemos hablado, a la limpieza de sangre, a la elusión de la ilegitimidad y sus estigmas (muchas veces el des-castamiento era en realidad ilegitimidad de nacimiento). Y llegan hasta la ansiedad común entre los criollos por las acusaciones externas de debilitamiento, afeminamiento y

25. Efraín Castro Morales, "Los cuadros de castas de la Nueva España", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft, Besellschaft Lateinamerikas*, 20, 1983; García Sáiz, *The Castes: A Genre...*

26. Elena Estrada de Gerlero, "La reforma borbónica y las pinturas de castas novohispanas" en Elena Estrada de Gerlero (ed.), *El arte y la vida Cotidiana*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1995.

27. Magali M. Carrera, *Imagining Identity in New Spain*, Austin, University of Texas Press, 2003.

degeneración constitucional debido a no ser peninsulares y haber nacido y crecido en una tierra mal temperada.

#### PUREZA DE SANGRE. DE LA MANCHA MORAL A LA MANCHA CORPORAL

Los esquemas abstractos de mezclas, diluciones con nombres curiosos, secuencias de blanqueamientos del sistema de castas, tuvieron una construcción paulatina, promovida en gran medida por las autoridades y los habitantes coloniales en un eje impositivo de arriba abajo: desde el nivel de la administración de las colonias hasta el nivel parroquial y civil de la población americana. El fin era tener ubicados, calificados y controlados a los cada vez más sorprendentes componentes demográficos de aquellos territorios. En diversos estudios, muchos de ellos recientes, se ha avanzado la noción de que este esquema puede verse como una imposición desde las alturas de una jerarquía social basada en mantener encumbrada la hispanidad (de la que la blancura es sólo el más notable de los indicadores ostensibles) que pretende contener en escaños inferiores bien delimitados al resto de la población, mezclada o no. Se trata de un sistema imperfecto y, finalmente, fallido que nunca correspondió con lo que de hecho ocurría con los individuos y grupos humanos, y que conforme fueron avanzando las décadas de los siglos XVII y XVIII se fue volviendo más un armazón ideológico sin conexión nítida ni con los cuerpos y modos físicos reales ni con las conductas y prácticas de la población. Detrás de esta construcción es posible detectar un juego de valoraciones en el que la atención está puesta ya no sólo en el cuerpo social sino también en el cuerpo físico, fisiológico, y en el sistema simbólico que en el periodo se desplegó para articular dichos escaños aterrizándolos en aspectos físicos y fisiognómicos. Me interesará en su momento entender cómo funcionan en este contexto las nociones vigentes en la medicina y la cultura de elite europea de lo que significan los signos vinculados a los rasgos corporales, tanto de los grupos originales como de los mezclados. Sobre todo el color de la piel y, detrás de éste, el dominio de uno u otro humor temperamental.

El pretendido sistema de “castas” es, así, sólo el esfuerzo nominativo y taxonómico –superficial– que aspiró a ser operativo en una fase del aceleramiento del mestizaje con el fin de mantener los polos estructurantes de las

jerarquías políticas y sociales enfilados en las direcciones y con los escaños en los que tanto a las autoridades peninsulares (y sobre todo a sus representantes en América), como a las elites, les acomodaba. La diversidad de tipos humanos brotada del mestizaje, exigió, en opinión de algunos, un esfuerzo de bautizo y de categorización inusitado:

Los españoles pronto, a medida que se extendió el mestizaje, y este comenzó en los mismos episodios de la conquista, sintieron la necesidad de una convencional nomenclatura de las razas o castas y sus imbricaciones, y crearon sendas y nuevas acepciones a viejas palabras, traídas en su mayor parte del vocabulario animalesco.<sup>28</sup>

Aguirre Beltrán ha descrito cómo la pureza biológica y geográfica (de origen) no fue funcionalmente crucial, sino que lo fue la idea de separación, de exclusión, y la estigmatización de la población nativa así como de la esclava. En otras palabras, se trataba con estas nociones de preservar para los españoles el monopolio de la riqueza y de los privilegios, y la explotación del trabajo ajeno. Para ello, como ha elocuentemente demostrado Jean-Paul Zúñiga, se desplazó un recurso ideológico al alcance inmediato de los españoles: la pureza de sangre.

La idea de pureza de sangre española se asienta en su opuesta, la de impureza, y se basa en una situación de matrimonios y descendencia mixta—religiosa y culturalmente—, en la noción de una transmisión hereditaria (a lo largo del linaje), de una mácula espiritual o moral, debida al vínculo genealógico con infieles, moros o judíos. La impureza de la descendencia de matrimonios mixtos era entonces algo derivado de un mal (o una mancha) que aunque transmisible por vía de la reproducción (o “generación”), no se refería a caracteres físicos ni fisiológicos, sino a cualidades y proclividades morales, sobre todo ligadas a la infidelidad, al rechazo de Cristo.<sup>29</sup> Esto,

28. Ortiz, *El engaño de las razas*, 1975, citado por Humberto Triana y Antorveza, *Léxico documentado para la historia del negro en América: siglos XV-XIX*, t. II, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2002, pp. 644-645, “Color quebrado”.

29. Zúñiga agrega de modo interesante que la vía de transmisión de esa mancha es análoga y se incorpora a la que se articuló en su momento para dar cuenta del pecado original. Yo he tenido una discusión sobre el tema con Maaike van de Lugt, en especial en relación con los vínculos entre pecado original y enfermedad hereditaria. Esta experta en la situación medieval me asegura que es difícil hacerse de evidencia para reforzar esas especulaciones que vinculan lo médico, lo racial y lo teológico. Yo opino que es un campo de indagación digno de

como bien hace notar Zúñiga, está bien lejos conceptualmente de lo que tras el siglo XVIII se articuló como la miscegenación o la cruza racial.<sup>30</sup> En la situación americana, los indios (y luego los africanos) no pueden ocupar el nicho de los moros o judíos infieles. Son muy pronto concebidos como paganos, primitivos, cristianizables: ignoran, no rechazan a Cristo. No es posible sostener que las procreaciones iniciales entre españoles e indias, en los primeros años y décadas posteriores a la invasión española (y de español y negra luego de la introducción forzada de africanos al continente), hubiesen podido ser concebidos (esto es, representados) en términos de una mezcla racial: “La idea de ‘mezcla de razas’ está de ese modo ausente de la manera en la que se concibe la cuestión de la pureza hereditaria y de la de las relaciones entre los pueblos antes del descubrimiento de América: el judío o el musulmán no son ya el equivalente del Indio, así como los ‘impuros’ no lo son de los mestizos”.<sup>31</sup>

Fue la situación colonial misma la que con el decurso fatal de sus interacciones humanas, sociales y sexuales, forzó —por decirlo así— la reificación de la noción de pureza de sangre genealógico-espiritual a la española, enfocada en el origen genealógico-geográfico (español-europeo, indio-americano, negro-africano) y en las peculiaridades de la complejidad física (blanco, moreno, negro). La valoración se desplaza así a los componentes materiales de la herencia; a los temperamentos y la complejidad física, concebidos en términos hipocráticos como predominio de humores, y como básica dependencia de lo físico y moral de éstos. Encontramos evidencia de este traslado en el uso de la teoría de los temperamentos para dar cuenta de las peculiaridades físicas y morales de los cuerpos y mentes españoles, criollos e indios durante el periodo colonial.

Los signos vinculados a cada grupo geográfico originario (color de piel, tipo de pelo, disposiciones anímicas y morales) se ligan a la teoría

---

adentrarse en él, y fundamental quizá para elucidar nuestra obsesión con lo hereditario. Véase mi artículo “*Les haereditarii morbi* au début de l’époque moderne” y el de Van der Lugt, “*Les maladies héréditaires dans la pensée scolastique*” en volumen de *Micrologus* en prensa.

30. Véase Zúñiga, “*La voix du sang...*”, p. 434. Para el cambio de concepciones de la transmisión hereditaria entre los siglos XVI y XVIII que dan cuenta de esta distancia, véase Carlos López Beltrán, *El sesgo hereditario: ámbitos históricos del concepto de herencia biológica*, México, UNAM-Humanidades, 2004, capítulos 2 y 3.

31. Zúñiga, “*La voix du sang...*”, p. 435.



de los temperamentos. En especial, el color de la piel cobra un rol cada vez más determinante como señal de jerarquía, hasta desarrollarse lo que algunos han llamado la *pigmentocracia*. La imposición paulatina de un eje jerárquico, desde el español, pasando por el indio y aterrizando en el negro, que luego a su vez aspira a contener y ubicar los diversos productos de las reproducción entre éstos, quiere ser desde el inicio –como lo fue el sistema ibérico de la pureza de sangre– un mecanismo confiable (y claro, adecuado) de exclusión de los indeseables de la elite,<sup>32</sup> y de justificación de la jerarquía.<sup>33</sup> Un mecanismo que se asemeja al primero, pero que requiere una reubicación de los criterios de identificación de los sujetos de la exclusión (y de la estigmatización). Al no ser indios y africanos, en principio, moral y religiosamente sucios (impuros), lo serán físicamente, fisiológicamente. La mancha original que a partir de esa instauración las familias americanas eludirán, o aspirarán a lavar, será una mancha “racial” signada por la piel colorida y por un sinnúmero de otros indicadores superficiales: pigmentación en uñas, tipo de pelo, abundancia de barba, calvicie...

En el esquema inicial, la eliminación de la mancha (india, negra) del grupo familiar, a lo largo de algunas generaciones es posible, pues el estigma no está en los signos (color de piel, tipo de pelo, etc.), ni siquiera en la sangre (por medio de la cual se transmite), sino en el cuerpo colonizado por la presencia humoral india o negra. Los humores, finalmente, son diluibles, equilibrables, afectables por la mezcla adecuada. No hay determinismos fatales. De hecho la función del estigma es –como dijimos– social, y es mediante una sanción social, política o jurídica (*v. gr.*, un juicio de “gracias al sacar”) que patentice la españolización, la fidelidad a la corona y la cristiandad férrea de los individuos y del grupo familiar, que los individuos y familias pueden acceder a la incorporación (en principio ambigua) al grupo dominante, para el que, si prosperan sus avances, ya pueden “ser tenidos por españoles”.<sup>34</sup> La

32. Es decir, de estigmatización.

33. Además del texto de Zúñiga citado ya, véase para el funcionamiento de la limpieza de sangre entre la nobleza española el trabajo de Georg Kugler, “The predestination of the Harburg dynasty...” en James M. Bradburne (ed.), *Blood: Art, Power, Politics and Pathology*. Munich, Londres, Nueva York, Prestel, 2002, pp. 121-135.

34. Véase Gonzalo Aguirre Beltrán, “El sistema de castas en España y su traslado a Nueva España” en Gonzalo Aguirre Beltrán y Roberto Moreno de los Arcos (coords.), *Medicina novohispana, siglo XVI*, t. II, México, Academia Nacional de Medicina/UNAM, 1990 [1946], capítulo XIV; Alberto M. Salas, *Crónica florida del*

españolización (blanqueamiento) es más accesible a los mestizos de sangre india,<sup>35</sup> como ya se dijo, que a los de sangre negra. Todo ello frente a la resistencia española que prefería no ver a sus stirpes mezcladas con gente de otros orígenes. Antonio Domínguez Ortiz escribió, en ese sentido, que al inicio de la colonia:

el español no era racista en el aspecto biológico, pero sí lo fue, y cada vez más, en el cultural. Se fomentó la emigración de españoles casados que viajaran con sus esposas (especialmente a partir de 1553), incluso se llegó a la importación de mujeres esclavas blancas “moriscas”, a pesar de todas estas medidas, que tienen motivaciones muy diversas, las mujeres españolas casaderas fueron escasas en los primeros años de la Colonia, especialmente aquellas con pureza de sangre y buenas costumbres, es decir que no fueran conversas, moriscas o prostitutas. Esta ausencia de españolas hizo inevitable las uniones por lo general fuera del matrimonio entre españoles e indias.<sup>36</sup>

Este problema de la ilegitimidad ha sido señalado por varios autores como la fuente real de perturbación y tensión social durante los primeros tiempos de la Colonia. Más que su condición de mestizos, en el sentido racial, era su condición desprotegida legalmente, la que hacía de la progenie de los primeros invasores con mujeres americanas, un grupo social vulnerable.<sup>37</sup> Si hemos de entender bien el relativo desenfado erótico frente a la diferencia física tanto de españoles como de americanos, y posteriormente de africanos, y la proclividad a enlazarse cruzando distancias étnicas y culturales, además de incorporar una dimensión erótica y psicológica digna de consideración hemos,<sup>38</sup> creo, de reconocer —con Zúñiga—, que el mestizaje en aquel

---

*mestizaje de las indias*, Buenos Aires, Losada, 1960, p. 138; Nina Friedemann, “Castas, mestizaje y blanqueamiento”, *La saga del Negro*, Bogotá, Instituto de Genética Humana/Universidad Javeriana, 1993, capítulo 8.

35. Creo que hay un problema terminológico respecto a como referirse, en general, a los individuos descendientes de ancestros con orígenes geográficos diferentes durante la colonia. Llamarles a todos mestizos (en sentido amplio) puede ser confuso. Llamarles híbridos, como hacen varios autores del pasado reciente, es un gesto que conlleva implicaciones esencialistas y por ende racistas.
36. Antonio Domínguez Ortiz, 1996, citado en Anónimo, *Curso de Historia Contemporánea de América Latina*, Departamento de español de la Universidad de Bergen (<http://nettspansk.unib.no/>).
37. “Solórzano Pereira afirma que es la ilegitimidad generalizada de los mestizos la que preocupa, no su color”, véase *Política Indiana* III, VI, II, p. 57, citado en Salas, *Crónica florida del mestizaje...*, p. 135.
38. Aunque rozada por varios autores, la atracción sexual de los cuerpos diferentes en el escenario americano no ha sido, hasta donde he alcanzado a explorar, estudiada a fondo. Hay quien escribe de la proclividad de las mujeres indias hacia los varones africanos en la Colonia temprana; también de la lascivia y el desenfreno de

primer periodo (1525-1600) fue vivido sin rechazos viscerales a la diferencia física, sin conciencia de brecha orgánica ninguna: fue vivido, para retomar los términos previos, como mezcla de sangres; de sangres que a su vez —al menos las europeas— eran mezclas muy heterogéneas de sangres de muchos tipos.<sup>39</sup> Mezcla de sangre en el sentido nobiliario, no metafórico ni metafísico sino hereditario, genealógico, casi espiritual (que no necesariamente inmaterial<sup>40</sup>). Y para traerlo más cerca del lenguaje técnico del periodo, se trataba de una mezcla humoral, una batalla hipocrática de humores (sangre, flema, bilis y melancolía) contenidos en los cuerpos humanos y en íntima relación, a su vez, con contenedores más amplios y llenos de influencias meteorológicas, astrales, cósmicas. Era la tierra misma —su temperamento—, como veremos, la que equilibraba los desequilibrios, la que afinaba los cuerpos, la que americanizaba a unos y otros, y sus combinaciones.

#### LA LUCHA DE LOS TEMPERAMENTOS

Muchos de los documentos escritos con los que se cuenta para entender la ideología de las castas, reflejan directa o indirectamente las tensiones y ansiedades que marcaron a la sociedad novohispana: la vieja jerarquización ibérica frente a la novedad mezclada de la patria. El espacio de representaciones y referentes (el espacio epistémico) en el que se dieron estos discursos visuales y escritos, y los demás síntomas y rastros a los que podemos acceder, no tiene una topología fácilmente revelable. Y a pesar de su reciente enriquecimiento tenemos aún recursos limitados.<sup>41</sup>

---

los encomenderos frente a las morenas, mulatas. Se escribe también sobre los espacios de libertad sexual de las mujeres criollas y mestizas en la colonia temprana. No conozco, repito, un estudio sistemático de todo ello, que debió por otro lado tener como antagonistas a la Iglesia y a la corona. Un interesante acercamiento es el de Salas, *Crónica florida del mestizaje...*

39. *V. gr.* celta, visigoda, romana, fenicia, mora, judía...

40. Véase mis trabajos sobre las primeras materializaciones de las nociones de transmisión hereditaria a partir de los siglos XVI y XVII. López Beltrán, *El sesgo hereditario...*, capítulos 3 y 4.

41. Mucho de lo que se ha traído al foro para hacer luz no la ha hecho. Las constantes visiones cruzadas que atraviesan el Atlántico sin darse por enteradas, o que simplemente lo evaporan con un par de adjetivos, distorsionan tanto como aquellas que se encandilan con el detalle costumbrista e intentan develar una arcadia a partir de bodegones. Otra fuente de lecturas sesgadas viene del traslado anacrónico de preocupaciones y configuraciones descriptivas pertenecientes a esquemas posteriores. Un ejemplo es la retroyección de la noción

Pienso que la parte del espacio interpretativo que falta, habrá que buscarla en las ciencias, pero no en las posteriores ni (exclusivamente) en las europeas, sino en las contemporáneas y situadas en Hispanoamérica. El ámbito constructor de la mirada sobre las diferencias físicas entre los hombres (sobre todo en la diferencia de colores de piel) para los siglos XVII y XVIII en Hispanoamérica tiene que pasar por la adaptación de la medicina hipocrático-galénica y su control sobre las concepciones del cuerpo, de temperamento, de complexión, y la imbricación difícil de éstas en la tradición bíblica y católica.<sup>42</sup> Mi impresión es que a la compleja gramática social en la que el color de la piel (y los ascendentes familiares) se utiliza(n) como indicador resbaladizo de la ubicación de los individuos en las jerarquías y provee un cursor para ir asentando los topes y los desplazamientos permitidos (negociados) a cada grupo familiar, debe corresponder una gramática material, fisiológica, temperamental, en la que puedan montarse o anclarse materialmente las negociaciones y los acuerdos sociales. Mi interés es entender esta segunda, subyacente gramática.

Noción central en la medicina hipocrático-galénica desde la antigüedad, el temperamento permitió durante milenios definir las características fisiológicas y fisiognómicas del cuerpo, lo mismo que sus predisposiciones patológicas y psicológicas. Es un concepto aglutinante de descripciones y explicaciones de todo lo humano, lo general y lo singular, lo común y lo idiosincrático. Resultará central entender cómo se dio el traslado de ese espacio semántico y epistémico al nuevo mundo, cómo dicho complejo entorno descriptivo caracterizado por su gran maleabilidad y sutileza, fue trasladado por eso que Roger Bartra llamó su sofisticado aparato metafórico de traducción.<sup>43</sup> Necesitamos saber si las reorganizaciones que dan en este *corpus* teó-

---

decimonónica de raza, de regímenes raciales, de sociedades racialmente conformadas, lo que ha generado desencantos y malas lecturas. Otros, al insistir en encontrar la taxonomización de la episteme foucaultiana, o la simple ordenación progresiva, escalar de los seres aparentemente característica del periodo registrado en las pinturas de castas, se han extrañado por sus desórdenes e inconsistencias, para los que luego han buscado explicaciones. El despliegue de elementos traídos del poscolonialismo de Homi Babha, como la mimesis, la ironía y la parodia, ha iluminado algunas esquinas, pero las analogías entre las poscolonias asiáticas y africanas y las hispanoamericanas se quiebran pronto. Tampoco ha sido muy útil insertar la visión de las castas en líneas progresivas, o circulares, que llevan hacia la etnografía, y la antropología física del siglo siguiente.

42. Véase artículo de Miruna Achim en este volumen.

43. Véanse Roger Bartra, *Transgresión y melancolía en el México Colonial*, México, UNAM, 2004; Roger Bartra, "Melancolía y Ciencia en el Siglo de Oro", *Ciencias*, México, julio-diciembre, 1999.

rico-práctico los sabios americanos podrían darnos respuestas sobre el tipo de nociones materiales, médicas, fisiológicas, psicológicas que estaban actuando implícita o explícitamente a la hora de concebir las mezclas, las “generaciones” o producciones naturales (o no naturales) de este continente nuevo.

Un ejemplo útil para entender la fabricación de semejanzas y diferencias, de exclusiones e inclusiones en el sistema hipocrático-galénico, es la manera como se usó desde el inicio para dar cuenta de la polaridad masculino/femenina. Los médicos de esta tradición hasta el siglo XVIII relacionaban –*grosso modo*– a la mujer con un temperamento frío y húmedo, imperfecto y enfermizo. Se ha mostrado que esta idea se extendió en varias direcciones. Los *corpus* médicos de los siglos XVII y XVIII europeos ofrecen un territorio riquísimo para investigar la manera en la que desde muy temprano en Occidente, la caracterización de lo sano y lo malsano (lo normal y lo patológico) se vincula con categorías de poder en el marco de una genealogía de la nación. Así es como en Europa la concepción de algunos cuerpos (por ejemplo el de la mujer) como imperfectos y desequilibrados (destemplados y por tanto patogénicos) justificó eficazmente la pretendida desigualdad natural entre los sexos. Este tipo de representación fue también utilizada (trasladada) por médicos y naturalistas para ubicar y delimitar otras desigualdades corporales, otras dominaciones: los cuerpos de habitantes de otros continentes fueron patologizados de modo análogo, apelando a desproporciones y vicios temperamentales. Es necesaria, así, la exploración del discurso médico hipocrático en las colonias americanas, en especial en México, con el fin de ubicar los posicionamientos que ahí se dan respecto a las incidencias en los temperamentos de los linajes originarios debido a los mestizajes; respecto a la restitución de los equilibrios y combinaciones originales por medio de las secuencias de blanqueo; respecto a la contaminación que puede implicar la sangre negra o india. Respecto, por otro lado, a los continuos pronunciamientos europeos sobre el debilitamiento, la degeneración, el afeminamiento de los temperamentos indios debido al temperamento inicuo de estas regiones.

Quiero ilustrar primero el tipo de esquema explicativo a que me refiero con una obra ibérica de las postrimerías del siglo XVI e inicios del XVII. Se trata del conocido *Examen de Ingenios* de Juan Huarte de San Juan. Resumen: según Huarte, al ser las condiciones de la Tierra distintas en distin-

tas naciones, y dado que “las costumbres del ánimo siguen el temperamento del cuerpo donde está... y vése claramente por experiencia [que los hombres de distintas regiones] difieren entre sí, no sólo en la figura del rostro y la compostura del cuerpo, pero también en las virtudes y los vicios del ánimo. Y todo nace de tener cada provincia de éstas su particular y diferente temperamento”.<sup>44</sup> Esta plasticidad del cuerpo y del ánimo tiene sus límites, y hay fenómenos que según Huarte merecen una explicación aparte, como la tenacidad con la que permanecen algunos rasgos temperamentales en ciertos grupos humanos a pesar de que hace muchas generaciones que éstos han cambiado de regiones geográficas y se han habituado a diferentes climas y temperaturas. Un ejemplo es el de los judíos quienes en todas las latitudes (incluyendo España) conservan la fineza de espíritu e ingenio forjada durante su paso por el Sinaí en tiempos bíblicos (debido a haber comido maná y al aire y al agua sutilísimos del desierto). Los judíos, por cierto, conforman uno de los grupos humanos a los que a menudo se apela para ejemplificar la variación en la complexión debida a la sola influencia ambiental, arguyendo que son un buen ejemplo dado a que su religión les impide mezclarse con los otros grupos.

La explicación de Huarte sobre la tenacidad de algunos rasgos es que hay calidades excepcionales que se graban más profundamente en el entramado físico del hombre, y a través de la simiente pasan a las siguientes generaciones. Un ejemplo que da es el de un hombre que perdió el color por un espanto y no sólo se quedó así (pálido) el resto de su vida sino que transmitió ese carácter accidental a sus descendientes por varias generaciones. La explicación de la adquisición o pérdida del color como resultado de accidentes que se instalan en el temperamento y devienen hereditarios es muy similar a las que se usaron para dar cuenta del color de los negros y otros grupos no blancos, algunas veces asociados con el efecto de la imaginación de una madre sobre su cría durante el embarazo, otras con relatos bíblicos de condenas, como el caso tan común de los descendientes de Ham. Mucho después, en 1787, en México, Alzate especulaba sobre el color de los negros como producto de accidentes tenaces, y reportaba observaciones hechas por él de la aparición de

44. Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, Madrid, Editora Nacional, 1977 (IV de 1594).

manchas hereditarias en algún poblado que, de darse una secuencia adecuada de matrimonios endogámicos, podría convertirse en origen de un grupo coloreado.<sup>45</sup>

Las transformaciones temperamentales (o de complejión) pueden ser entonces accidentes capaces a veces de arraigarse más o menos profundamente, y esa profundidad limita la plasticidad ante la acción del entorno, de modo que se retrasa su eliminación a pesar de la influencia externa en esa dirección. A veces el arraigo es instantáneo, mientras que otras sólo ocurre como resultado de la exposición repetida de varias generaciones de una estirpe a las mismas incidencias, de modo que el tiempo que luego llevará a cambiar los efectos en el temperamento de esa acumulación (de ese arraigo), será proporcional al tiempo que les llevó afincarse.

Otro ejemplo de Huarte al respecto es el de los gitanos, quienes

con más de doscientos [años] que vinieron de Egipto a España los primero gitanos, no han podido perder sus descendientes la delicadeza de ingenio y solercia que sacaron sus padres de Egipto, ni el color tostado. Tanta es la fuerza de la simiente humana cuando recibe en sí alguna calidad bien arraigada. Y de la manera que los negros comunican en España el color a sus descendientes (por la simiente, sin estar en Etiopía) así el pueblo de Israel, viniendo también a ella, puede comunicar a sus descendientes el agudeza de ingenio sin estar en Egipto ni comer del maná; porque ser necio o sabio también es accidente del hombre, como ser blanco y negro.<sup>46</sup>

El cuerpo humano se inserta así en un espacio continuo donde, por un lado, se pueden incorporar accidentes como variaciones humorales, constitutivas, debido a las incidencias de las llamadas cosas no-naturales,<sup>47</sup> y por otro lado, éstas pueden o no permanecer en la estirpe (en las líneas de descendencia genealógica), según su arraigo. Una serie de problemas se plantea conforme este esquema, en el que el color y el ingenio son ambos atributos accidentales implantados en la naturaleza física, corporal, que pueden afincarse o eliminarse. Uno es el de los efectos de la mezcla humoral debido

45. Alzate, *Gaceta*, mayo 2, 1787.

46. Huarte de San Juan, *Examen de ingenios...*, II, p. 241.

47. Este arraigo, o tenacidad de lo accidental—su capacidad para usar la simiente como vehículo para permanecer, para proyectarse al futuro— es el germen de la noción moderna de herencia biológica, como he discutido en otros lados. Véase López Beltrán, *El sesgo hereditario...*, capítulo 3.

a la participación de dos seres con temperamentos diversos en la reproducción sexual. La medicina hipocrática siempre favoreció una visión de doble simiente en la que los rasgos del hijo resultan de una mezcla de elementos paternos y maternos, en la que, por razones varias, a veces predominaba uno y otras el otro. De ahí por ejemplo la diversidad de rasgos en hermanos de los mismos padres. Otro problema es el de los cambios que sufren los seres vivos en general, y los humanos en particular, al ser transplantados a otras regiones geográficas. La inferencia de que en algunas generaciones éstos irán cambiando su aspecto y sus hábitos al incorporar (literalmente) accidentes inducidos por las nuevas circunstancias se ve opuesta, tensada, por el hecho de que ciertos rasgos de algunos grupos permanecen, por decirlo así, a contracorriente. La permanencia del color de la piel de los portugueses en Asia o del de los africanos en Europa es ejemplo que se cita. En un sistema así, lábil más que tensado, encontraremos la gramática fisiológica/temperamental de los cuerpos humanos en las américas, y sus singulares circunstancias geográficas y físicas. Las mezclas, las diluciones, las resistencias, los regresos. Los desórdenes de la conducta producto de los desórdenes de la organización corporal resultado de la revoltura y el desconcierto. Los malestares del cuerpo social producto de los malestares de los temperamentos individuales.

En un importante trabajo Jorge Cañizares Esguerra relata el movimiento que en el siglo XVII se registra de parte de los sabios criollos coloniales por defender a la América española (a su tierra y a sus hombres) de las caracterizaciones negativas de los sabios europeos.<sup>48</sup> Las hipótesis de Cañizares tienen amplios vuelos, pues señala que estas reacciones criollas son de hecho el primer endurecimiento de la separación física entre grupos humanos que evolucionó después hacia las taxonomías raciales esencialistas y los racismos decimonónicos. Frente a la maleabilidad del cuerpo ante las incidencias (o habría que decir inclemencias) climáticas, los criollos americanos postularon, según Cañizares, primero cierta inmunidad o cierto desconcierto del cuerpo respecto al entorno (no todo es afectable y transformable). La otra estrategia que pusieron en sitio fue la de invertir la valoración común de las influencias temperamentales de las américas. Tanto astrológica como meteo-

48. Jorge Cañizares-Esguerra, "New World, New Stars. Patriotic Astrology and the invention of indian and creole bodies in Colonial Spanish America, 1600-1650", *The American Historical Review*, vol. 104, núm.1, 1999, pp. 33-68.



rológicamente éstas son, afirmaron, mucho más favorables que en España (de ahí el patriotismo). Los ya de por sí buenos temperamentos hispánicos son mejorados por las nuevas condiciones, y todos los que dicen lo opuesto, mienten. En términos humorales, en América se temple lo colérico (la bilis) y se pronuncia lo sanguíneo; todos sabemos que esto es cosa buena.

Las polémicas que en la Nueva España tuvieron lugar sobre la relación entre los temperamentos de los individuos (sus cuerpos) y el temperamento del territorio, en las que juegan un papel protagónico las valoraciones hipocráticas de los cuerpos de los diferentes grupos originarios (indios, negros, españoles), deben seguirse más de cerca, dado que lo que Cañizares remarca desvía un poco la atención hacia fuera, hacia los traslados y las polémicas frente a Europa.

Un problema continuo fueron las paradojas que suscitaban el cuerpo y los hábitos de los americanos nativos (*mœurs*): la lista de presunciones y denuestos es larga, unos mencionan su pasividad, su torpeza, su infantilismo, otros su gran ingenio y su inventiva. Unos hablan de su capacidad de imitación y de adaptación, otros de su lascivia. Unos señalan su cobardía, otros su sensibilidad. Unos destacan su falta de voluntad y proclividad al vicio (*v. gr.*, al alcohol europeo), otros su moderación y su fidelidad. Unos realzan su salud prodigiosa, otros su debilidad y fragilidad física. Unos refieren su fiereza y su fuerza, otros su degeneración física y moral. Por otro lado, se señala constantemente un hecho notable que parecía cuestionar el componente geográfico de la teoría de los temperamentos, como el colorido cutáneo homogéneo de los americanos en todo el continente; es decir, su similitud temperamental en todo el continente, a pesar de la diversidad climática.<sup>49</sup> ¿Cómo dar cuenta de estas variadas y encontradas percepciones, de estas inclinadas valoraciones con la caracterología teórica de los temperamentos hipocráticos? La decisión, el consenso arribado, sobre los fundamentos corporales de los espíritus y proclividades indios no era ni ingenua ni inocua. Y estaba claramente vinculada a la pregunta que investiga Cañizares sobre el cuerpo español trasladado a América.

En la primera mitad del siglo XVI, el cronista Fernández de Oviedo resalta la inconstancia y la pusilanimidad de los indios, y les asigna la melan-

49. Véase una discusión sobre esto en G.L.L. Buffon, *Del hombre, escritos antropológicos* (traducción de Angelina Martín del Campo), México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

colía como el humor nodal de su constitución. Como hace ver Franco Toriz, una motivación para ello era “el comportamiento que exhibían cuando ingerían sustancias embriagantes, entre las que incluye el tabaco y su escandalosa lujuria”, pues esto “se ajustaba bien al molde melancólico”. En respuesta a este autor, Las Casas asevera que en los indios el sesgo melancólico no es un vicio sino su temperamento natural “lo cual le daba pie para justificar su mansedumbre y demostrar su capacidad de aprendizaje”.<sup>50</sup> Unas décadas después, en su notable *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* (1591), Juan de Cárdenas cambia el veredicto y afirma que a los indios corresponde un temperamento flemático. Al discurrir sobre la diferencia en la manera de encanecer de españoles e indios escribe:

hay flema natural y flema accidental: la natural es la del indio, la accidental la del español de estas tierras; la responsable de las canas es la segunda, si esto fuese al revés, muy más presto encaneciera el indio que el español, pues el indio de su propia naturaleza flemática; sólo pues la flema accidental es la que hace nacer las canas

...

por qué causa siendo el indio de su naturaleza flemático, encanece sin comparación más tarde que el español, a esto respondo que ya que el indio sea flemático, encanece sin comparación más tarde que el español... respondo que, ya que el indio sea flemático de naturaleza, no lo es accidentalmente por cuanto trabaja y se ejercita más, y aún vive más sobria y templadamente que nosotros... como para que todo esto sea parte para desecar más los cuerpos y consumir la flema accidental de que proceden las canas, no es mucho encanezcan ellos mucho más tarde que nosotros.<sup>51</sup>

En su conocida obra *Repertorio de los tiempos e Historia Natural* (1606), Henrico Martínez confirma la calidad flemática del indio:

(En estas tierras) se dijo que predominan Venus con participación del Sol... a Venus se atribuye los humores de la flema templada y al Sol la cólera y la sangre también templado ...

50. Germán Franco Toriz, “Cauterizar el humor negro; curas novohispanas de la merarquía” en Bartra (dir.), *Transgresión y melancolía...*, pp. 71-72.

51. Juan de Cárdenas, *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, México, Academia Nacional de Medicina, 1980 [1591], p. 62.

La cólera y la flema son humores de todo punto contrarios y siendo mayor la fuerza de la influencia de Venus en los naturales que la del Sol, necesariamente queda predominando la flema [el segundo humor atribuido al Sol es el sanguíneo] los naturales de este reino de complexión flemáticos sanguíneos predominando en ellos la flema, y esto se halla también por experiencia conformar con sus acciones y costumbres ordinarios, pues estos suelen seguir a la complexión. Ayuda a esto también ser el suelo de esta tierra muy húmedo...<sup>52</sup>

Esta evaluación del temperamento indio no fue recibida con beneplácito por algunos ortodoxos. Martínez aplicó una noción de la dinámica de los humores hipocráticos en la que, sobre la complexión o el temperamento natural (el traído al nacer, con las influencias hereditarias de los ancestros sumadas a las de la tierra), podía a su vez ser sólo superficialmente modificado, o templado por las “cosas no naturales” (las circunstancias de la vida interior y exterior), y por la permanente acción de la tierra (si ésta era contraria a la natural). Martínez había así definido el equilibrio del indio del altiplano mexicano como “flemático-sanguínea”. Obtuvo una severa respuesta de parte de Diego de Cisneros, quien en su *Sitio, naturaleza y propiedades de la Ciudad de México* (1618) escribió:

... se reprenderá a Enrique Martín, acerca de lo que escribe de la naturaleza y complexiones de los indios de México, constituyéndolos por flemáticos, sanguíneos, y en ellos predomina la flema... cuán dificultoso sea examinar las complexiones de los hombres en particular... Y si consideramos cual sea el innato temperamento con que uno nace y es formado, y el que adquiere por el discurso de la edad, conociendo su mucha variedad verá más difícil esta doctrina.<sup>53</sup>

La fluidez de los temperamentos, según Cisneros, su mutabilidad, es más profunda, continua, individual (y no tan grupal) de lo que Martínez afirma. Así por ejemplo, “la edad no es otra cosa que una mudanza del nativo temperamento... la edad no es otra cosa que un discurso y camino de la vida de los cuales naces en los vivientes diversos temperamentos”.<sup>54</sup>

52. Henrico Martínez, *Repertorio de los tiempos e Historia Natural de Nueva España*, México, Patria, 1991 [1606], pp. 176-177.

53. Diego de Cisneros, *Sitio, naturaleza y propiedades de la Ciudad de México*, México, Novum [1618] 1989, pp. 229-230.

54. *Ibid.*, p. 230.

La ignorancia de Martínez —quien no era médico—, según Cisneros, es patente, pues si aplica correctamente la doctrina de Hipócrates

hallaremos que es imposible que los indios de México, de quien vamos hablando, sean flemáticos, porque si las influencias y dominio de planetas que Enrique Martín señala... ni el lenguaje de llamarlos flemáticos sanguíneos se practica, ni tiene verdad, porque, o se han de ser uno u otro, y aunque tengan simbolización y semejanza, como dice el citado autor en la humedad, ni porque se pueda pasar de una temperatura a otra, se infiere que la tengan entrambas y en los elementos... y en los mixtos tiene esto más dificultad; y no porque los colérico y melancólicos sean secos, decimos fulano es colérico, melancólico, y aunque está recibido de los médicos que de la flema por mayor conocimiento se haga sangre ...<sup>55</sup>

Un obstáculo tan evidente, que sólo la tozudez de Martínez pudo obviar, es el color del cuerpo de los indios. Basados sólo en su tenaz, constante, casi inflexible *morenía*, Cisneros afirma

esta doctrina con la de Hipócrates, que nos enseña que la templanza del humor del cuerpo que predomina se conoce de su color, no flemáticos, sino melancólicos, habían de ser los indios y más, viendo la facilidad con que aprenden las artes y oficios de cualquier calidad, con tan gran perfección, cosas repugnantes a los flemáticos, de quien dijo Aristóteles que para ninguna cosas eran buenos: flojos, perezosos e ignorantes. Y nuestro Galeno, enseñando sus cualidades, dice: que son torpes, tardos al movimiento y perezosos, olvidadizos e insensatos, la color del cuerpo blanca, todo lo cual es repugnante a los indios, que son ligeros, curiosos, el color dorado tirante a pardisco, hábiles y de ingenio, como se ha visto y se ve en las artes que ejercitan, para las cuales es necesario ingenio y memoria...<sup>56</sup>

Los indios, entonces, permanecen en su melancolía humoral y no pueden ser afectados grupal sino individualmente por los devenires de la vida, y adquirir otras proclividades debido a la alimentación y al temperamento de su región,

y así no se pueden llamar flemáticos sanguíneos como quiere Enrique, tomando la humedad de la flema y el calor de la sangre, porque juntas estas dos cualidades

55. *Ibid.*, p. 231.

56. *Ibid.*, pp. 231-232.

han de reducirse como he dicho, y así me parece que tienen ésta por natural templanza en común, recibiendo las alteraciones que se adquieren por el discurso de las edades, por los mantenimientos y lugares que se mudan ...<sup>57</sup>

La percepción del indio como melancólico persistió a lo largo del siglo XVIII y todavía Humboldt la retomó en su caracterización.<sup>58</sup> Lo que parece estar en juego es, por un lado, la caracterología básica de los indígenas americanos (la evaluación de la ciencia de sus capacidades intelectuales y morales) y, por el otro, la flexibilidad de éstas frente a influencias moldeadoras internas (como el mestizaje) o externas (como la educación, la alimentación y el clima). Las pragmáticas porosidades y “fluideces” de la teoría humoral impiden que éstos y otros similares debates sean conducidos a puntos de no retorno o de ruptura radical. Como Cañizares señala, el debate análogo en torno al cuerpo y las proclividades temperamentales de los españoles trasterados resulta mucho más agudo, y quizá más definitivo, para la evaluación europea y americana de las bondades (y maldades) de la ocupación territorial. La condena típica se relacionaba con las transformaciones físicas que el cuerpo del español (y del europeo en general) sufría por el influjo de las tierras colonizadas. Juan López de Velasco escribió en 1575:

Los españoles que pasan a aquellas partes y están en ellas mucho tiempo, con la mutación del cielo y del temperamento de las regiones, aún no dejan de recibir alguna diferencia en la color y calidad de sus personas; pero los que nacen dellos, que se llaman criollos y en todo son tenidos y habidos por españoles, conocida-mente salen ya diferenciados en la color y tamaño, porque todos son grandes y la color algo baja declinando a la disposición de la tierra ; de donde se toma argumento que en muchos años aunque los españoles no se hubiesen mezclado con los naturales, volverían a ser como son ellos; y no solamente en las calidades corporales se mudan, pero en las del ánimo suelen seguir las del cuerpo y mudando él se alteran también.<sup>59</sup>

57. *Ibid.*, p. 232.

58. Véase Franco Toriz, “Cauterizar el humor negro...”, p. 72.

59. Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias*, edición de don Marcos Jiménez de la Espada, vol. 248 de Biblioteca de Autores Españoles desde la Formación del Lenguaje hasta Nuestros Días, Madrid, Ediciones Atlas, 1971, citado en Carmen Berand, “De lo étnico a lo popular: circulaciones, mezclas, rupturas”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 6, 2006 (<http://nuevomundo.revues.org/document1318.html>). López de Velasco era cosmógrafo mayor en la Casa de Contratación.

Emprendiendo la defensa ante ese tipo de confusiones que condenan al criollo español a ir adoptando la parte inferior del cuerpo del indio, aun sin mezclarse,<sup>60</sup> Juan de Cárdenas analiza en detalle las alteraciones que el temperamento de América efectúa sobre el temperamento innato español: “los españoles nacidos en indias son todos a una mano sanguíneos en compleción, luego éstos son de más larga vida que los nacidos en España, los cuales, como muy doctamente nos enseña Avicenna, son coléricos”.<sup>61</sup>

El cambio de humor dominante en los descendientes nacidos en América, Cárdenas sostiene, lo da el nuevo continente, sus influencias astrales y meteorológicas, y más que daño le hace mucho bien a los europeos y, en especial a los chapetones. El humor colérico es reemplazado produciéndose una nueva “compleción caliente y húmeda, llamada por los árabes sanguínea, es la que mucho más hace para alargar la vida”. El hecho es que los criollos no viven más, y esto lo explica Cárdenas por “la destemplanza de la indiana región... la poca virtud y sustancia de los mantenimientos” y también por la mala conducta de los jóvenes americanos: “la ociosidad... con que los hombres viven de ordinario y el mucho vicio con que se crían en todo [esto va] apagando el calor natural” al igual que “los excesos demasiados con mujeres”.<sup>62</sup> El debate que le interesa a Cárdenas, empero, es el del destino del ingenio (la inteligencia) de los criollos americanos, dado que es uno de los temas que en la literatura europea más interés estaba despertando. No sólo, para él, los españoles americanos no eran menos brillantes que los europeos, sino que dado su predominio del humor sanguíneo, era bastante más:

los españoles nacidos en las indias [son] por la mayor parte de ingenio vivo, trascendido y delicado...

La sangre (que de su naturaleza es humor más templado más suave, amoroso, y benigno)... freno de la cólera... la concierto y compone... hace al sentido común... conserva asimismo el calor del cerebro como sustancia algo más corpulenta que la cólera, y junto con esto mediante su purpúreo alegre y rojo color, hace

60. No deja de ser interesante la atribución de la piel morena de muchos españoles y criollos de las segunda y tercera generaciones a la acción de la tierra, como si se tratara de eludir la explicación obvia del mestizaje.

61. Cárdenas, *Problemas y secretos maravillosos...*, p. 248.

62. *Ibid.*, pp. 248-249.

rojos los espíritus animales, que es un color que encierra forma alegre y regala las potencias del alma, así como los negros y tenebrosos espíritus la entristecen...<sup>63</sup>

Las criaturas y muchachos de las indias son meramente sanguíneos, y los adultos sanguíneos coléricos, y así vemos que en todo dan muestra de tener semejante complexión, porque todo en general son blancos y colorados (como no tengan mezcla de la tierra)...<sup>64</sup>

Las conductas y disposiciones de los criollos, Cárdenas piensa, se acomodan perfectamente a su diagnóstico temperamental de colérico-sanguíneos. Tanto virtudes y defectos quedan claramente explicados:

Que los nacidos en esta tierra son sanguíneos, con mezcla de complexión colérica, no es mucho que siguiendo la viveza, presteza y delicadeza de tales humores, y sus propiedades sean prestos en aprender y percibir, prestos y vivos en entender, y obrar, agudos en trascender, tenaces en retener, porque todos estos efectos son propios de la complexión sanguínea colérica ...

Así como es propio y natural de la sangre y la cólera, hacer los efectos que ahora acabamos de declarar, así traen consigo otra falta no pequeña, y es que como son humores calientes, delgados y ágiles, que con facilidad se mueven, así causan mudanza y variedad en los hombres, haciéndolos poco perseverantes en sus cosas ...<sup>65</sup>

Henrico Martínez sigue los rastros de Cárdenas cuando explica por qué es, en la doctrina hipocrática, aceptable la complexión mixta colérico-sanguínea para el español de América:

En la nación española generalmente predomina el humor colérico. La causa natural de esto otros la han dado ... sólo se intenta ver si esta calidad permanece en ellos aunque habiten y nazcan en tierras de diferente clima y temperamento que España. La calidad que al hombre es propia por su natural complexión, tarde o nunca la pierde... dice el filósofo que el cuerpo participa la calidad de la región donde nace... los españoles que son nacidos y habitan en esta Nueva España par-

63. *Ibid.*, pp. 250-252. Este texto de Cárdenas ha sido tomado, de manera extraña e inaceptable, como el primer manifiesto del surgimiento de un carácter propio del mexicano, y como precursor de los que en los siglos XIX y XX fue la obsesión con el ser del mexicano. Véase Emilio Uranga, "Juan de Cárdenas, sus amigos y sus enemigos" en *Historia Mexicana*, XVI, 4, México, El Colegio de México, 1967, pp. 477-497.

64. *Ibid.*, p. 252.

65. *Ibid.*, pp. 253-254.

ticipan del humor flemático sanguíneo, casi accidentalmente; más el humor colérico heredado por generación, aunque admite y recibe el humor sanguíneo por la semejanza que tiene con él en la calidad activa, resiste el humor flemático por serle contrario y repugnante [y ahí pierde su fuerza] de suerte que viene a quedar igual al humor sanguíneo, y así parece ser los españoles nacidos en esta tierra generalmente de compleción colérica sanguínea, participando casi igualmente entrambos humores.<sup>66</sup>

Martínez coincide también en que a los “recién venidos de España y otras partes, se les avivan los ingenios y se hacen prudentes”.<sup>67</sup> Antes de cerrar su capítulo sobre el tema, introduce lo que para Cañizares es el síntoma de la contradicción que este tipo de teorizaciones estaba en peligro de forzar sobre los criollos o, peor aún, de que fuese forzada sobre ellos por los enemigos de España y sus colonias que por el periodo alimentaban la “leyenda negra”. El determinismo geográfico detrás de las explicaciones de la mejoría del cuerpo y, sobre todo, la mente españoles en tierras americanas implicaba que, dado que los indios habían vivido en esos espacios tan propicios durante muchos más años que los criollos, el influjo benigno tendría que haberlos convertido en superhombres, lo que no es el caso

si las calidades que en este reino ocurren... fuesen acomodadas a producir buenos ingenios, los naturales de él los habían de tener muy aventajados, supuesto que ellos y sus antepasados han gozado siempre de ellas, de suerte que ellos y también los morenos habían de igualar en habilidad a los españoles, pues todos lo participan igualmente; mas que lo contrario de esto nos muestra la experiencia, pues vemos ser esta referida gente en habilidad muy inferior a los españoles, de donde se colige no tener este reino la propiedad que se le atribuye.<sup>68</sup>

El lado negativo de este cuestionamiento es que, por el contrario, una tierra donde con los siglos los seres humanos habían alcanzado las condiciones físicas y morales abyectas (degeneradas) que se encontraron en los americanos, tendría que estar inevitablemente minando las constituciones, los temperamentos y mentes de los europeos residentes en ellas. Al responder

66. Martínez, *Reportorio de los tiempos...*, p. 177.

67. *Ibid.*, p. 179.

68. *Ibid.*, pp. 194-195.



esto, introduce Martínez lo que parece a Cañizares crucial, el que los efectos de la tierra deben conocerse comparando iguales con iguales, es decir, a los que él llama miembros de la misma nación: indios con indios, europeos con europeos, negros con negros. Para el caso de la nación americana, por ejemplo, le parecía obvio que “la gente que en este reino [Nueva España] habita excede en habilidad a los de su misma nación que habitan en otras partes, deben la gente que en este reino habita excede en habilidad a los de su misma nación que habitan en otras partes, deben ser las propiedades de él [de la región] acomodadas a producir buenos ingenios”.<sup>69</sup>

Como lo hizo con el caso de los indios, Cisneros también trae a corte a Martínez por su mal uso y abuso de las explicaciones hipocráticas. Para él, nada en la tierra mexicana es lo suficientemente diferente de lo que se encuentra en España como para argüir una mudanza de temperamento tan tremenda. Tanto los alimentos, como los elementos climáticos, aunque varían un poco, se parecen lo suficiente a los de España como para que sus efectos sean menores. De hecho, la mayor cualidad del altiplano mexicano es su capacidad de ser templado, equilibrado.

Cualidades de los que nacen en México. La primera, ser hijos y nietos de verdaderos españoles, cuya complexión es colérica y de naturaleza animosos, atrevidos, agudos y en todas las ciencias y artes muy perfectos; de ánimo inquieto, amigos de su parecer, sufridores de trabajos y de robusta complexión y naturaleza cuyas acciones y cualidades mudando su nativo principio y origen y gozando de la templanza de esta región y ciudad, es necesario que teniendo la primera prerrogativa les ajuste la segunda, que atribuyen estos autores a los que nacen en tierras templadas, que es fuerza que las inclinaciones, ánimos e inclinaciones sea templadas.<sup>70</sup>

Los españoles y castellanos que vienen a estos reinos, y especialmente a esta ciudad, varían en las complexiones y templanzas, así como los que nacen en ellos, porque ni todos son coléricos, melancólicos, flemáticos o sanguíneos, sino unos de una complexión y otros de otra, las cuales se van mudando no sólo en cuanto a las edades, sino también conforme a los alimentos... el trigo es el mismo que el de España, el vino y las carnes... la diferencia (falta de invierno) invierno (según Hipócrates) necesario para que se coma que no se beba... con poco frío la tierra cuece menos (los alimentos)... esta es la diferencia que hay entre los de España y

69. *Ibid.*, pp. 194-195.

70. Cisneros, *Sitio, naturaleza...*, p. 233.

México, que no es tanta que parezca imposible de conocer... mas donde hay tanta semejanza entre los mantenimientos, no puede alterar las compleciones y mudarles su natural templanza...<sup>71</sup>

La tierra, según Cisneros, modula, cambia poco tanto a indios como a europeos; cada grupo permanece con la raíz en su temperamento original, y sólo los individuos pueden variar según las afecciones y circunstancias de vida, nutrición, accidentes, enfermedades y otras influencias. Mas hay una distancia insalvable entre las bases temperamentales de uno y otro cuerpos, el europeo y el indio.

Como señala Cañizares, el problema de esta estrategia es la triste calidad del cuerpo del indio americano. ¿Cómo en una tierra tan favorable se habría producido un cuerpo tan deficiente (flemático, frío, húmedo)? Sabemos que los defensores de los indios desautorizaron las descripciones envilecedoras de algunos naturalistas. La idea de una degeneración de éstos también fue negada por los criollos, quienes al parecer prefirieron usar la fisiología hipocrático-galénica para dejar bien claras las diferencias, en lo tocante a los cuerpos, entre indios y criollos: sus tipos temperamentales básicos eran radicalmente distintos e inasimilables. Así, la tierra puede ser excelente y mejorar cualquier tipo humano que llegue a vivir en ella, pero éstos tienen ya de suyo limitaciones y posibilidades que no pueden ser rebasadas. El hecho de que haya sido la visión hipocrático-galénica del cuerpo, y el cosmos el espacio en el que se dirimieron estas disputas por la definición de los cuerpos americanos, autóctonos o importados, abre preguntas que permanecen sin respuesta. La pregunta mayor es acerca del mestizaje: ¿qué ocurre con los temperamentos radicales al producirse la mezcla?, ¿acaso la condición fluida de los humores garantiza la mezcla homogénea y la tendencia al equilibrio?, ¿o hay situaciones o factores que decantan a los mestizos hacia los temperamentos paternos o maternos? Una respuesta que ya anticipamos es que, por un lado la presencia de un varón español españoliza a la descendencia, y eso al menos en parte pasa por su adquisición de la compleción adecuada. La presencia de humores físicos derivados de cuerpos africanos, por otro lado, parece haber sido concebida como físicamente tenaz a lo largo de las gene-

71. *Ibid.*, pp. 233-234.

raciones. Vimos ya cómo la pureza de sangre en un sistema simbólico que no literaliza la fusión (o confusión), permite un lavado o limpieza mediante procesos sociales. La contaminación y la limpieza en el sistema hipocrático pasan por las presencias físicas y están ligadas a lo más íntimo del cuerpo, lo que impide el lavado fácil. La elección de cualidades temperamentales para cada uno de los grupos humanos, está claro, no era inocente y existía, como en varias de las citas antes expuestas, una valoración cualitativa (una *calidad*) ligada a cada temperamento.

Los indios, si eran flemáticos era porque eran pasivos, necios, haraganes, aunque tranquilos y confiables. La calidad melancólica los hacía en cambio sensibles, analíticos, huraños, tristes. Los españoles eran coléricos ya desde Avicenna por ser activos, confiados, voluntariosos, irascibles, agresivos, desconsiderados; el complemento sanguíneo los hacía amigables, exuberantes, vivaces, ingeniosos, inquietos.<sup>72</sup>

El tercer cuerpo que hay necesariamente que incorporar al desconcierto americano es el del negro. Éste es, por muchas razones, un cuerpo mucho más polémico. Renato Mazzolini ha mostrado convincentemente cómo, históricamente, la primera oposición (la oposición madre) en la historia de la configuración de los tipos físicos humanos, es la oposición blanco-negro.<sup>73</sup> En términos de la constitución de una otredad radical temperamental basada en la fijación del color (en la epidermis) como el *locus* de ruptura. El primer “otro” con el que el europeo establece la polaridad de la diferencia es el negro. De hecho, no se insiste en la blancura del europeo sino hasta que se establece la dualidad en cuestión. Esta polaridad radical explicaría, quizá, algunas de las diferencias que encontramos en los regímenes de blanqueamiento de la Nueva España, y el estigma tan brutal sobre la ascendencia negra. La instauración de un lenguaje colorido que genera todo un espectro de diversidad humana tiene su detonador, creo yo, en la presencia y la triangulación en el contexto de las mezclas que dinamiza el oscuro cuerpo africano. López de Gómara resume así en 1552 las historias que le cuentan:

72. Véase “Temperamento” en la *Enciclopedia* de Diderot. Véase también a Pedro Laín Entralgo, *La medicina hipocrática*, Madrid, Alianza, 1987.

73. Manuscrito de Mazzolini sobre “Skin colour...”.

Hay hombres blancos de muchas maneras de blancura, y bermejos de muchas maneras de bermejura, y negros de muchas maneras de negrura, y de blanco va a bermejo por descolorido y rubio, y a negro por cenizoso, moreno, loro y leonado; como nuestros indios, los cuales en general son todos como leonados o membrillos cochos, o tiriciados o castaños, y este color es por naturaleza, y no por la desnudez, como pensaban muchos, aunque algo les ayude para ello ir desnudos.<sup>74</sup>

Hay, no obstante, todo un juego de colores y de humores (de temperamentos equilibrados o desequilibrados) por desentrañar. El reto, a mi modo de ver, es descubrir la otra gramática, la del cuerpo, de los temple humorales, de sus mezclas armónicas y desarmónicas en la visualización. Ésta debe a su vez complementarse con la gramática de la fusión, de la dilución, de la mezcla y la contaminación, frente a la gramática española (heredada de las complejidades peninsulares) de la limpieza de sangre, de los blanqueamientos posibles e imposibles (el indio, el negro). Ilana Katzew se ha referido a la situación racial en el México del siglo XVIII como fluida (escurridiza) y a la imposibilidad de los esquemas sociales jerárquicos de contener los derrames del mestizaje profuso, confuso, difuso, que produce tal fluidez. Es muy posible que ese estado fluido sea más que una metáfora, una meta-metáfora, y que al asomarnos al material, a la sustancia en la que se fincaron (real e imaginariamente) los fenómenos demográficos y fisiognómicos que nos ocupan, encontraremos la fluidez en su naturaleza misma: la sangre, la bilis, la flema, la atrabilis, y, destilado de todas ellas, la simiente.

#### EPÍLOGO. CUERPOS COLOREADOS. ESTIGMA, EROTISMO Y NACIONALISMO

Hasta aquí me he acercado a tres ventanas con vista a los ámbitos de la sociedad de castas colonial. La de los cronistas, la de los pintores de castas y la de los médicos. Nos brinda cada una un foco y un espectro parciales de aquéllos. Los siglos de la colonia se reflejan de maneras diferentes y no convergentes en cada uno de ellos. No tenemos con ellos una sola imagen nítida sino varias, desenfocadas. La tarea que resta es vincularlas y robustecer nues-

74. Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, Zaragoza, 1552, citado por Ortiz 1975, compilado por Triana y Antonvenza, II, p. 644.

tro conocimiento. Los cuadros de castas, por ejemplo,<sup>75</sup> nos ayudan a fijarnos en el cuerpo del otro como sitio de la mirada clasificatoria, excluyente. Junto con el descriptivo, y a ratos celebratorio, el rol social que apuntan a cumplir es “estigmatizante” y, sin paradoja, deseoso y erotizante. Ubicar esas imágenes en los contextos de la historia social y la historia de la representación del cuerpo, nos permite, creo yo, participar en su lectura desde nuestra posición. Nos revela aspectos de las miradas de quienes los pintaron, ambiguamente captando la dinámica del pasado “racial” novohispano y de quienes los consumieron como emblema de un estado estable, manejable. Aquello que era fluido, huidizo, difuso, ingobernable, aparecía ahí como apacible, ordenado, jerarquizado: con niveles, rutas de entrada y de salida, y caminos hacia la noche oscura de la indefinición. Los cuadros pueden enseñarnos a atender los rasgos y tonos del cuerpo, a verlo como una superficie de señales. Podemos así inferir las calidades colocadas por el artista en los tintes, situadas detrás, ocultadas. Si acercamos a esto los debates sobre los temperamentos, comenzamos a adivinar, en los colores, en los tonos de la piel, la presencia de mensajeros humorales (sangre, bilis, flema, melancolía) como portadores de los signos que nos podrán hacer ver –como intentaba el artista que vieran sus espectadores– a lo largo de las generaciones, de las estelas difuminadas de la herencia. La gramática de los cuadros de castas nos da entonces, las trayectorias de dicha inferencia. La herencia ancestral, difusa, puede revelarse si conseguimos ubicar los signos: saber –por los signos corporales– si alguien es coyote o zambaigo nos ayuda a posicionarlo en la trama de calidades, en la secuencia de vagas diluciones de sangres heterogéneas, en la reconstruida filiación. Un rol fundamental lo juegan los colores, y la señal más confiable deriva de ello: el color de la piel como inestable y fundamental marca. Los temperamentos están fijados por los humores y se revelan por los colores. Los cronistas y otros testigos (algunos involuntarios como los litigantes en juicios varios) aportan a su vez la valoración social: ser tenido por blanco era la salida, y ello resultaba más sencillo si frente al juez se presentaba un rostro sin rastros de oscuridad.<sup>76</sup>

75. Junto con las crecientes apoyos textuales.

76. Véanse relatos de litigios y peticiones por la calidad de los individuos (por ejemplo para matrimonios no deseados) y juicios de “gracias al sacar” en Zuñiga, “La voix du sang. Du métis à l’idée de métissage en Amérique espagnole”, 1999; Carmen Bernand, “Les noirs dans les mondes iberoaméricains”, *Nuevo Mundo*

La historia que atestiguamos entonces es la de la materialización o corporeización de la distancia social. La presión social por generar exclusiones y jerarquías aterriza su mirada sobre los cuerpos y enraíza ahí la función social de disminuir y oprimir al otro, de estigmatizarlo. La función social es la exclusión. La estigmatización del cuerpo es el medio. El racismo es la estigmatización del cuerpo. Destaca la hondura de la estigmatización de la mancha negra (pura o diluida) y la construcción del conjunto de indicadores de negritud. Lo que hemos señalado es que esto es resultado de una semantización de algunos caracteres corporales que se vinculan a la filiación genealógica. Además del color de la piel, la firma de los ojos, la textura del pelo, la cantidad de barba. En la mirada española, eurocéntrica, surge un escudriñamiento policiaco y forense de cuerpo –mestizo, mulato, lobo– en litigios de ascenso social y en los de rebeldía.<sup>77</sup>

La erotización del otro es la otra cara de la estigmatización. Los españoles erotizan a la india, a la mestiza, a la negra, a la mulata. Se desprecia al varón, por vago, descastado, trashumante, ladrón. Se somete a la hembra al dominio sexual y a la reproducción.<sup>78</sup> El peligro de los coyotes. La fabricación del estigma alcanzó un éxito pasmoso como un modo de crear jerarquía, y también de nombrar y “sujetar” la diversidad emergente. La conformación del estigma, interiorizada (hasta en los reflejos y la entraña) por las elites novohispanas y reflejadas crecientemente en la actitud de los peninsulares, virreyes y cortesanos, la encontramos reflejada en un sinnúmero de documentos. Vemos en ellos la asociación del color con la bajeza. La traslación del desprecio a los apelativos, como etiquetas de infame calidad.<sup>79</sup> Apelativos de doble filo, que enarbolados desde las alturas son a la vez varas de medir y vallas de excluir.

---

*Mundos Nuevos*, 3, 2003, 2006 (<http://nuevomundo.revues.org/document466.html>); Ann Twinam, “Pedro de Ayarza. The Purchase of Whiteness” en Kenneth Andrien (ed.), *The Human tradition in Colonial Latin America*, 5, Wilmington, Scholarly Resources Books, 2002; Triana y Antoverza, *Léxico documentado...*, recopilan muchos estudios de caso sobre el asunto.

77. Véase las indagaciones de Aguirre Beltrán 1993 en el Archivo General de la Nación. Véase su capítulo 4.

78. Crónicas y expresiones de esto se encuentran en Salas, *Crónica florida del mestizaje...*, y “La doble violación”, y en Ricardo Piqueras (ed.), *La conquista de América, Antología del pensamiento de Indias*, Barcelona, Península, 2001, pp. 55- 72. Véase también Aguirre Beltrán, 1993, capítulos 4 y 5.

79. Blanco White habla de condenar a los españoles a ser mulatos de mala sangre (Carta VI, Críticas a las Cortes de Cádiz).

Durante un disturbio en la ciudad de México en 1692, ésta era la manera criolla de ver a las personas participantes por una mente preclara:

... porque, siendo plebe tan en extremo plebe, que sólo ella lo puede ser de la que se reputare la más infame, y lo es de todas las plebes, por componerse de indios, de negros, criollos y bozales de diferentes naciones, de chinos, de mulatos, de moriscos, de mestizos, de zambaigos, de lobos y también de españoles que, en declarándose zaramullos (que es lo mismo que pícaros, chulos y arrebatacapas) y degenerando de sus obligaciones, son los peores entre tan ruin canalla ...<sup>80</sup>

Unos años después (*ca.* 1720), el virrey Linares escribe en un informe sobre su ecuánime percepción de esos grupos humanos:

... las propiedades de la ínfima plebe [según Linares] Esta se compone de diferentes castas que han procreado los enlaces del español, indio y negro; pero confundiendo de tal suerte su primer origen, que ya no hay voces para explicar y distinguir estas clases de gentes que hacen el mayor número de habitantes del reino. Degenerando siempre en sus alianzas, son correspondientes sus inclinaciones viciosas, miran con entrañable aborrecimiento la casta noble del español y con aversión y menosprecio la del indio. No se acomodan a las honradas costumbres de aquél ni a las humildes y algo laboriosas de éste, y a la verdad, pudieran bien compararse las castas infestas de la Nueva España, a la de los verdaderos o supuestos gitanos de la antigua.<sup>81</sup>

Si para Huarte los gitanos de España heredaban de sus ancestros egipcios “la delicadeza de ingenio y solercia” y “el color tostado”, para el duque de Linares se trata de gente que

... vive sin pudor ni vergüenza... su cuna es el engaño y la mentira; su inclinación el hurto; sus oficios y ministerios los que le facilitan medios para robar; hace sus delicias el juego, la inconstancia y la embriaguez... la más negra calumnia... los mayores delitos... sus perversas costumbres... Sus bailes son lascivos, sus cantares tristes en lengua vulgar o en su germanía, conforme a sus viles inclinaciones...

80. Carlos Sigüenza y Góngora, “Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692”, en *Relaciones Históricas*, Biblioteca del Estudiante Universitario, 13, México, UNAM, 1954, p. 133.

81. Virrey Linares, citado por Hipólito Villarroel, *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España*, México, Porrúa, 1999. El informe del duque Linares es de 1720, p. 194.

Y esto es exactamente lo que comparte el gitano con algunas “generaciones” americanas:

Esta es también la copia más fiel de un coyote, de un lobo, de un tente-en-el-aire, de un saltaatrás y de las demás generaciones de hombres que con distintas denominaciones componen el indefinido número de las castas infestas de la Nueva España, peores sin disputa que la de los gitanos... Pero los de la Nueva España forman un monstruo de tantas especies cuanto son las castas inferiores, a las que se agregan infinitos españoles, europeos y criollos perdidos y vulgarizados con la pobreza y con la ociosidad, madres de las viles costumbres, de la ignorancia, de los vicios.<sup>82</sup>

Tanto afán en el desprecio y el sobajamiento ajeno no necesita comentario. Quizá lo requiere, así sea fugazmente, la nomenclatura utilizada, y que con toda certeza no era producto de los eruditos a la violeta que tan filosamente la despleaban. ¿De dónde, de quién, salen los nombres? *Lobo*, *coyote*, *zambaigo*, *albarazado*, *chino*, *chamizo*. Hay en lo que Aguirre Beltrán llamó las “clasificaciones eruditas”, una refuncionalización de términos populares surgidos del jolgorio de la calle. Este proceso de bautizo de la novedad, de caracterización de la sorpresa y su ceñimiento verbal y visual (por desplazamiento de términos coloridos y vivaces de ámbitos varios). En el origen es muy probable que este nombrar la diversidad de cuerpos, de hábitos, de modos de ser, haya sido algo espontáneo, callejero, sito en el baratillo y otros circuitos marginales; y no erudito ni “taxonomizante”. En un momento dado, ciertos nombres se normalizan, se incorporan al habla (como ocurre con mestizo y mulato, y temporalmente con lobo y coyote). En la pintura de castas atestiguamos una disputa por el sentido de los nombres. Por un lado, un afán de fijar en su escaño cada mezcla, cada “calidad”; por el otro, la imposibilidad de hacerlo dada la viva, delicuescente diversidad.<sup>83</sup>

Si la construcción del estigma apunta a señalar el origen contaminado, la superación del estigma pasa por una inversión de los nombres. Dado el control disperso del lenguaje es posible que las palabras revelen el tránsito del indiciamiento a la liberación y, sobre todo, a la auto-celebración. De ser

82. Virrey Linares, citado por Villarroel, *Enfermedades políticas...*

83. Preguntas que surgen: ¿Quién tiene derecho a nombrar?, ¿a clasificar?, ¿a someter o liberar?, ¿nombrar, celebrar la diversidad pudo ser liberador al inicio?, ¿eliminar los nombres es liberador después de su asociación con el estigma?



nombrado y acorralado (como a una bestia), a auto-nombrarse y ponerse en movimiento. Como intuitivamente escribe Carmen Bernard: “¿Qué imagen de las castas nos brinda la época colonial? Lo menos que puede decirse es que se trata de una imagen contrastada”. Y al atender los cuadros de castas ella encuentra que

presentan una paradoja. Por una parte la nomenclatura utilizada (lobo, coyote, albarazado, etc...) intenta elaborar una sistemática de los distintos tipos de mezcla. Pero por otro lado lo que nos están mostrando las imágenes no es la alteridad de cada casta repertoriada sino todo lo contrario. La proximidad de unos con otros está expresada por los detalles domésticos (los gestos, la comida, el amor de los padres por los hijos, la armonía de la pareja, el trabajo honrado).<sup>84</sup>

Los desplazamientos en la valoración de las castas no sólo son notables en las claves que las pinturas de castas contienen. También es posible encontrar una retórica inversa en la manera como los ilustrados criollos y mestizos americanos llegaron a reevaluar a las castas como lo mejor de las colonias. Cuando el abate Gilli en su *Noticia del viaje en América* escribió que “El mestizo que proviene de español y de india, se parece a su padre en organización y posee toda la debilidad de madre, con espíritu muy limitado, y no es propio para el servicio militar...”<sup>85</sup> el ilustre Antonio Alzate respondió indignado

¡Qué ignorante es el autor respecto a lo que pasa en América! Un mestizo que aquí conocemos coyote es un hombre de bellísima organización, de mucho valor y de potencias muy sutiles. Estos son los que dan ánimo a los indios a promover litigios y se miran con respeto, porque cuando el indio calla, el mestizo o coyote se defiende, usando de todos los derechos que nuestra legislación tiene establecidos.<sup>86</sup>

Alzate también defiende a los lobos de la acusación de cobardía. Hay una apreciación especial de los rasgos y capacidades de los mexicanos. Hay una reacción, localista, nacionalista que hacia finales del siglo XVIII va en ascenso, que descubre, por un lado la completa irrealdad de la taxonomía y valoración

84. Carmen Bernard, “De lo étnico a lo popular: circulaciones, mezclas, rupturas”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 6, 2006, p. 6 (<http://nuevomundo.revues.org/document1318.html>).

85. Abate Gilli, citado y traducido en Alzate, *Gaceta*, p. 672.

86. Alzate, p. 673.

de las castas y mestizajes, y se asombra del dinamismo y el vigor, tanto cultural como económico que ha alcanzado la cada vez más numerosa población irresolublemente amestizada. En el seno mismo de la sociedad excluyente y proto-racialista encontramos la hebra del contradiscurso, que valora la diversidad y reconoce en la novedad del mestizaje una potencial comunidad. Así ocurre que, conservando el nombre de castas, los mestizos mexicanos fueron elocuentemente defendidos por los representantes de su país ante las cortes de Cádiz. Esta revaloración nacionalista, con todo y su retórica cargada, es la mejor coda para esta larga disquisición.

La dialéctica estigmatizante genera así sus anticuerpos nacionalistas, que aspiran a valorar hacia fuera lo que antes se denigró hacia adentro. Cito algunos fragmentos de la defensa que los diputados americanos hicieron en 1811, que se antojan inverosímiles si se contrastan con el desprecio criollo que acabamos de evidenciar:

Nuestras castas depositarias de todo nuestro bien y felicidad, nos suministran brazos que cultivan la tierra que produce sus abundantes frutos: los que nos extraen de sus entrañas a costa de imponderables afanes, la plata que anima al comercio, y que enriquece a V.M. Salen de ellas los artesanos; se prestan a cualquier trabajo público y particular; dan en aquellos países servicios a las armas, y son en la actualidad la robusta columna de nuestra defensa y de los dominios de V.M. ...<sup>87</sup>

...

Su carácter no es el que comúnmente se cree: su constitución física y moral; su docilidad e inteligencia; su industria y demás dotes.<sup>88</sup>

...

las castas son las que en América casi exclusivamente ejercen la agricultura, las artes, trabajan las minas, y se ocupan en el servicio de V.M.<sup>89</sup>

las castas... son la parte más apreciable parte del pueblo; la más amante de los europeos; la más laboriosa; la que ha peleado con mayor denuedo a favor de la España en la revolución; la más desatendida por hallarse sin propiedad territorial ni protección en las manufacturas. Son (la mayor parte) de tan buena presencia como nosotros; de un espíritu brioso; que no conoce el miedo; de una debilidad al mismo tiempo, que los recomienda sobre todos los habitantes de las Américas españolas: labra en ellos la razón ...<sup>90</sup>

87. Señor Uría, diputado en las cortes de Cádiz, citado por Blanco White, pp. 51-52.

88. Señor Gordo, diputado en las cortes de Cádiz, citado por Blanco White, p. 52.

89. Señor Castillo, diputado en las cortes de Cádiz, citado por Blanco White, p. 53.

90. Señor Arizpe, diputado en las cortes de Cádiz, citado por Blanco White, p. 52.

...

La desgraciada América del Norte... jamás se ha opuesto a favorecer a las castas... quieren que se borren y proscriban para siempre de nuestros códigos y aun de nuestros papeles públicos los odiosos nombres de gachupín, criollo, indio, mulato, coyote, &c; que en todos reine la fraternidad más íntima; que todos sean hombres buenos y capaces por la ley de todo derecho...<sup>91</sup>

Nacía entonces la nueva mitología racial que fructificaría durante el siglo XIX, el fructífero mestizaje. La atención ya estaba puesta sobre los cuerpos y su regimentación, clasificación y vigilancia seguiría ocupando la energía de quienes aspiraban a controlar el desenlace de la historia.

91. Señor Arizpe, diputado en las cortes de Cádiz, citado por Blanco White, p. 54.

CUADROS DE CASTAS



Español e india, mestizo.



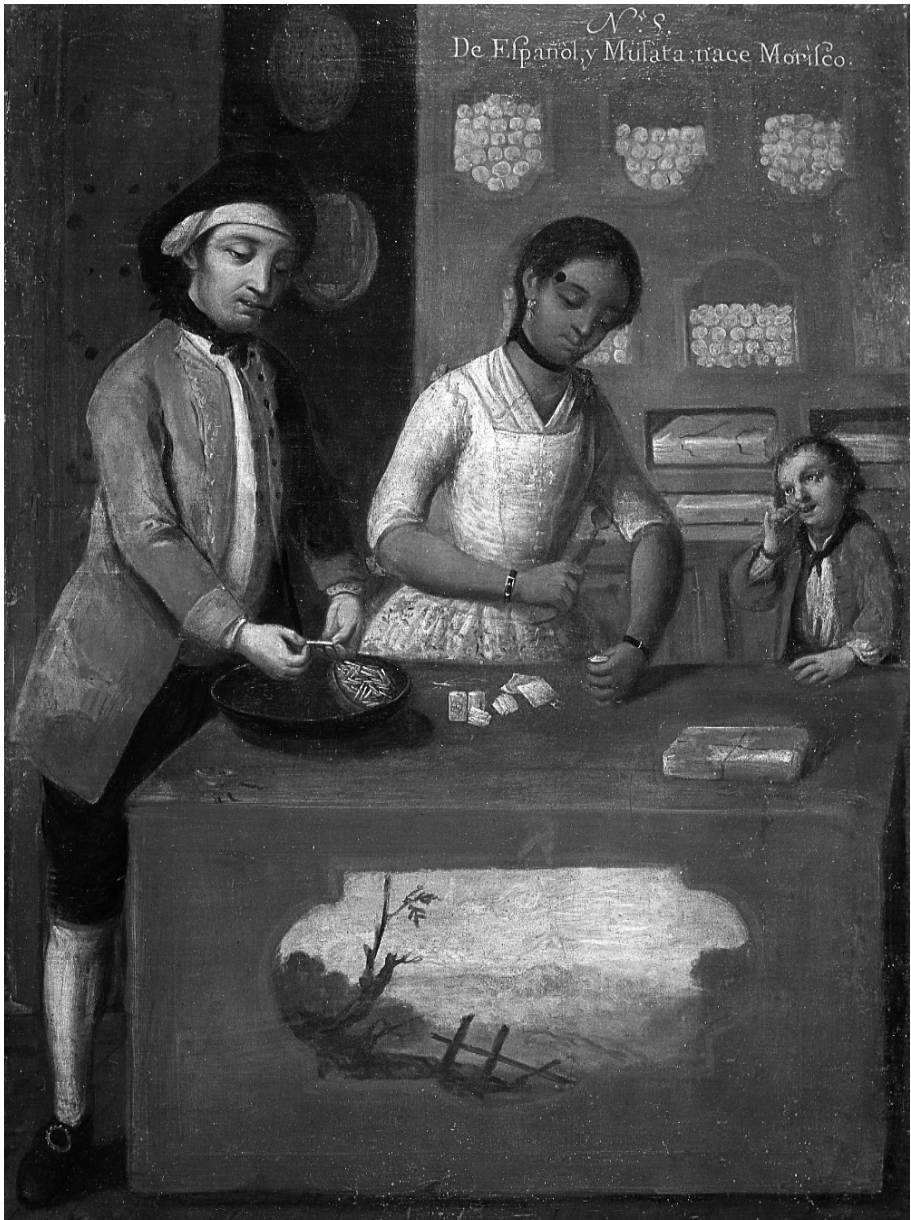
Mestizo y española, castizo.



Castizo y española, español.

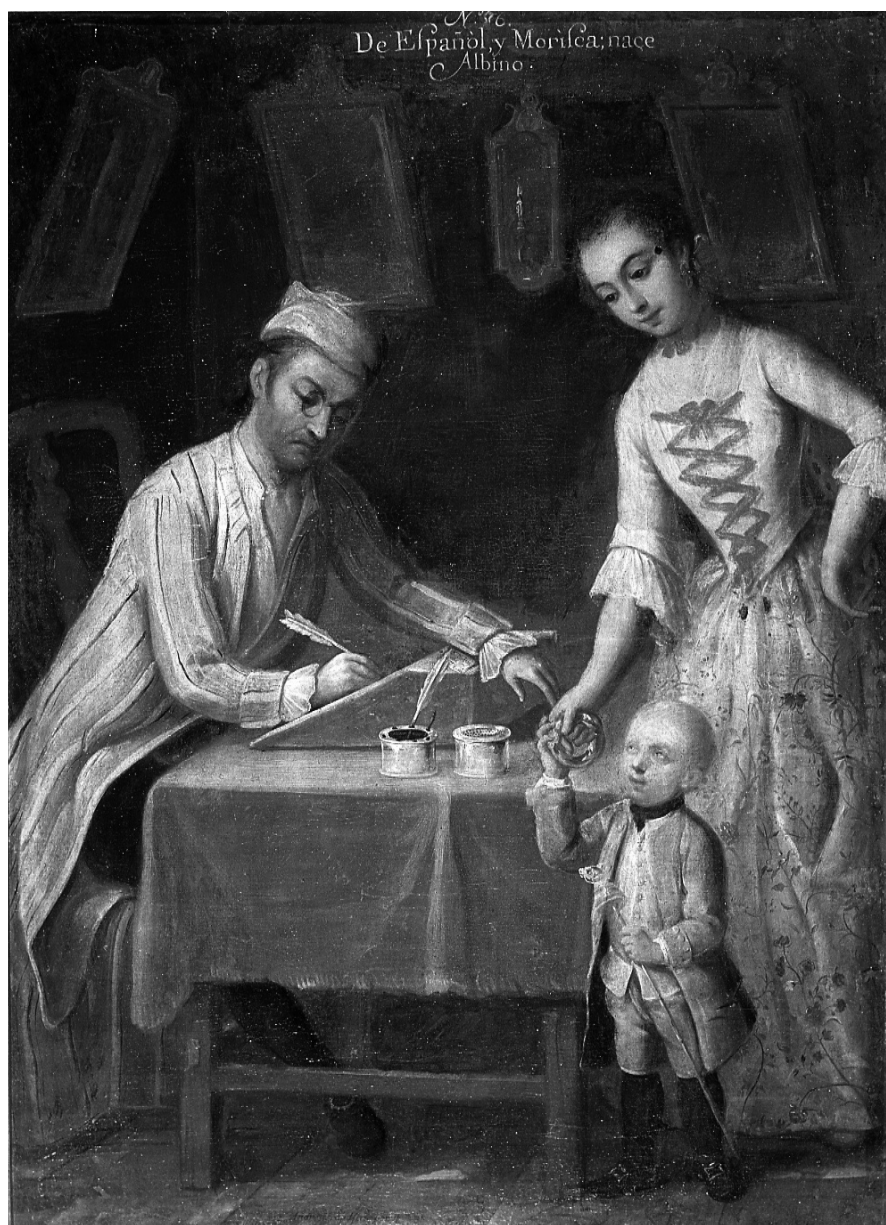


Español y negra, mulata.



Español y mulata, morisco.

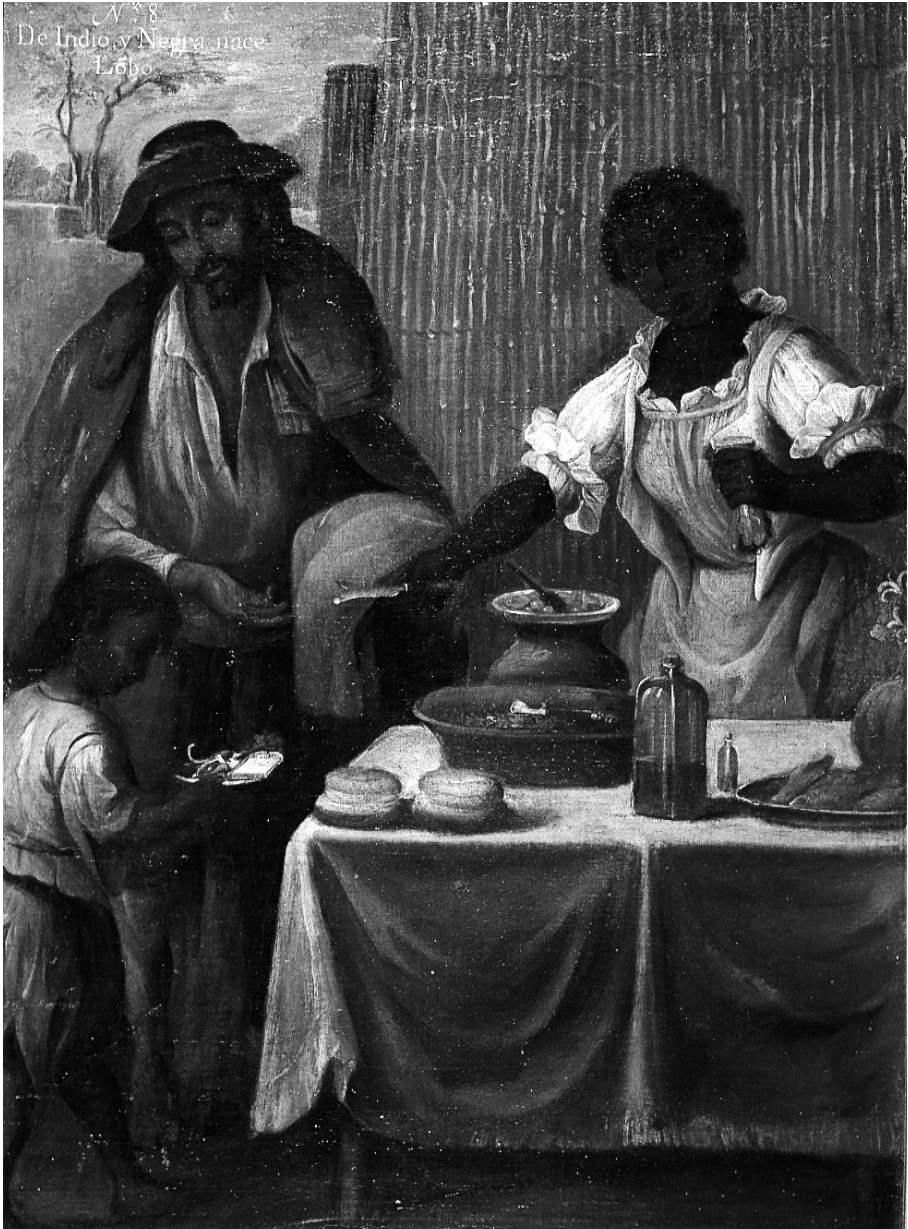




Español y morisca, albino.



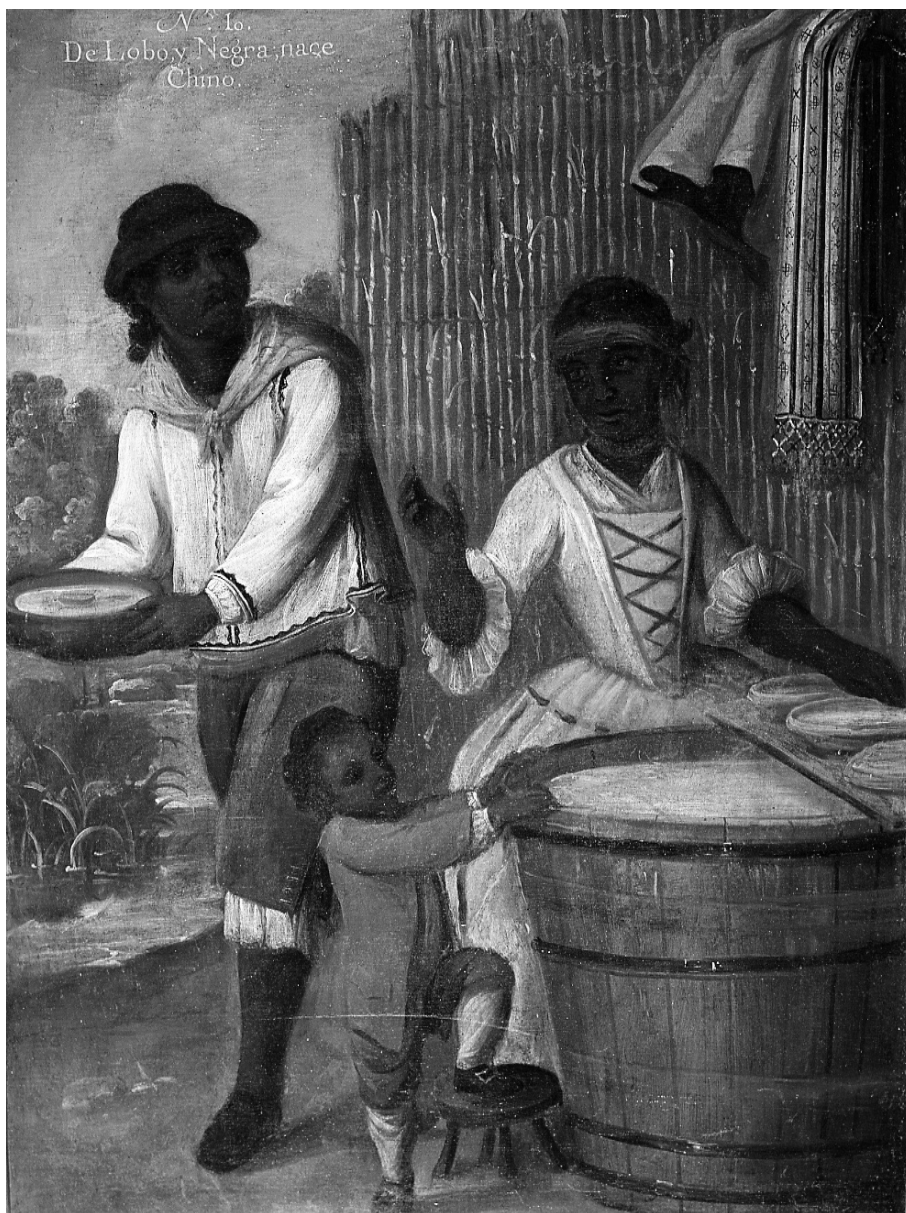
Español y albina, torna-atrás.



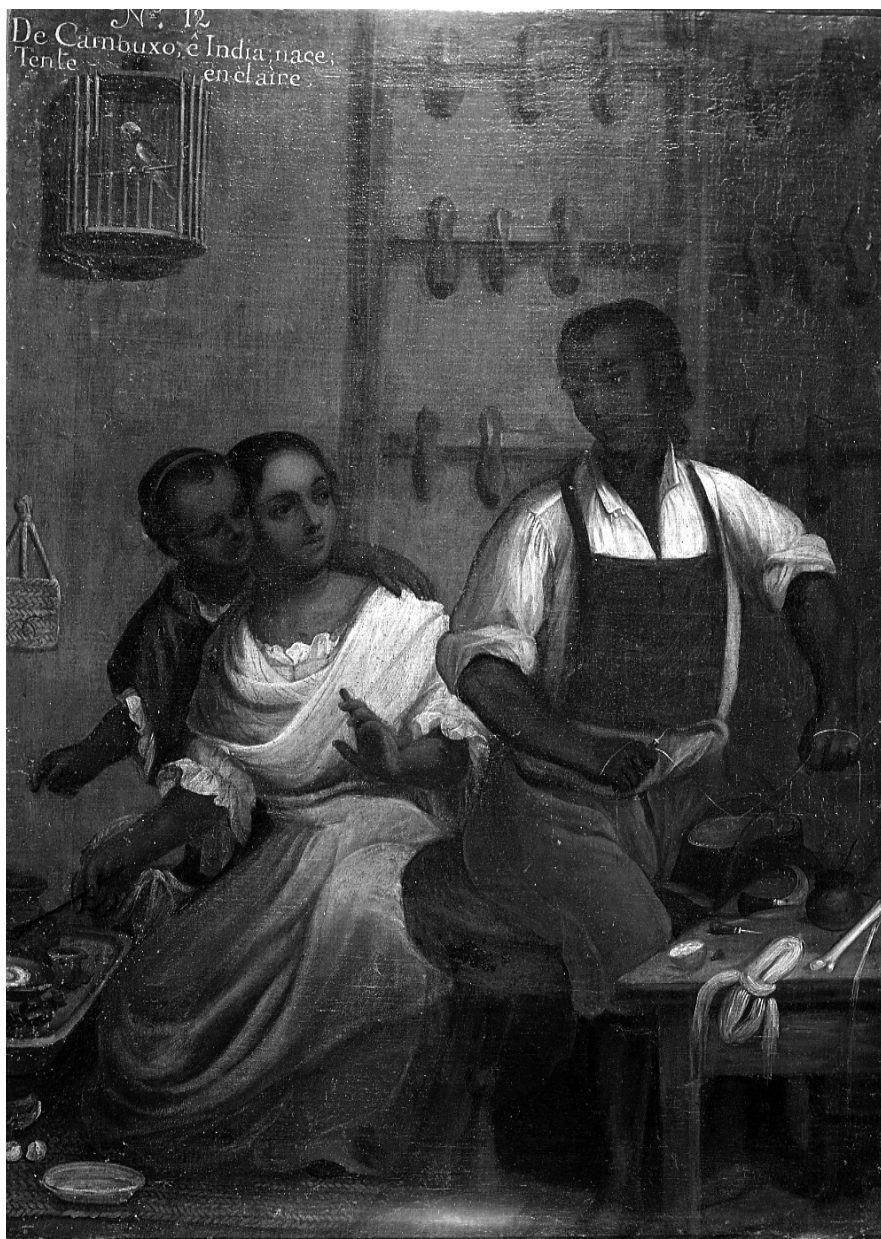
Indio y negra, lobo.



Indio y mestiza, coyote.



Lobo y negra, chino.



Cambujo e india, tente-en-el-aire.